937
22
— 663 —

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

VIRTUD Y LIBERTINAJE.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID. 1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

VIRTUD Y LIBERTINAJE.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

3

VIRTUD Y LIBERTINAJE.

DRAMA ORIGINAL, DE COSTUMBRES,

EN 4 ACTOS Y EN PROSA.

SU AUTOR

DON JOSÉ MARIA DIAZ.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

calle de San Agustin, 12, 2.º

1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LEONCIA.	Doña Teodora Lamadrid.
ELVIRA.	Josefa Hijosa.
BERNARDA.	N. Soler.
ALVARO.	Don Joaquin Arjona.
ENRIQUE.	Manuel Osorio.
PROTASIO.	José de Miguel.
CRISTOBAL.	Benetti.
UN NOTARIO.	
UN CRIADO.	

La escena pasa en Madrid.—Año de 1863.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Á DON JUAN PRIM,

Conde de Reus, Marqués de los Castillejos etc.

Testimonio, aunque humilde, público, de mi respeto á tu gloria, de mi cariño á tu persona.

José M. Diaz.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado no con gran lujo.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIA.—BERNARDA.

LEONCIA.

Dáme esa cartera.

BERNARDA. (Entregándola la cartera.)

Conque al fin?...

LEONCIA.

Sí; lo he resuelto: me caso.

BERNARDA.

Por segunda vez?

LEONCIA.

Qué quieres?... No es cosa de renunciar á tan pingüe herencia, ni á un porvenir de amor y de ventura. Mi primo Enrique...

BERNARDA.

¡Buena alhaja! Quimerista y jugador...

LEONCIA. (Vá rompiendo algunos papeles de los que hay en la cartera.)

Ya se corregirá...

BERNARDA.

Libertino, si los hay!...

LEONCIA.

Yo haré de él un cenobita.

BERNARDA.

Facilillo es eso!

LEONCIA.

Me quiere mucho.

BERNARDA.

Eso dice él á quien se lo pregunta y tambien á quien no se lo pregunta; pero yo sé todo lo contrario. Ayer mismo, sin ir más lejos, estuvo...

LEONCIA.

En casa de la Baronesa... lo sé.

BERNARDA.

Por la mañana... que por la noche...

LEONCIA.

Varió de domicilio... tambien lo sé.

BERNARDA.

Y quién ha dicho á usted?...

LEONCIA.

Él mismo. ¡Pobre Baronesa! Habrá llorado mucho, porque pierde con mi Enrique su última conquista.

BERNARDA.

Bien; pero... y la otra!... esa aventurera...

LEONCIA.

Anoche se habrán dado mútuamente el postrer adios.

BERNARDA.

Reservándose el derecho para más adelante...

LEONCIA.

Imposible.

BERNARDA.

Pero... qué hace usted?

LEONCIA.

Sacrificar mi correspondencia en los altares de himeneo... Para nada me sirve ya...

BERNARDA.

Si los que las escribieron se hubieran imaginado...

LEONCIA.

Esta no; es de mi ahijada Elvira, y por cierto que me ha puesto en cuidado. (Leyendo.) «Te escribo llorando; ten compasion de mí.» Quién es?

UN CRIADO.

Don Álvaro.

LEONCIA.

Su hermano: véte.

ESCENA II.

LEONCIA.—ÁLVARO.

ÁLVARO.

Leoncia...

LEONCIA.

Cómo tan de mañana?

ÁLVARO.

Vengo á despedirme de usted.

LEONCIA.

Y qué motivo ocasiona viaje tan repentino? No sabe usted que Elvira?...

ÁLVARO.

Llegará dentro de dos horas; lo sé. Elvira, como buena y cariñosa hermana...

LEONCIA.

Álvaro, no me explico ciertamente...

ÁLVARO.

He perdido, Leoncia, la última esperanza, y me voy de este país, acaso para siempre!

LEONCIA.

Grande será la razon, cuando abandona usted con tanto apresuramiento, la sola amiga que tiene, la única hermana que le vive y la tierra en que ha nacido.

ÁLVARO.

Al dejar á Madrid, llevo la seguridad de que será usted, como hasta aquí lo ha sido, la providencia de mi hermana.

LEONCIA.

En mis brazos recibió el agua del bautismo. Tenia yo doce años.

ÁLVARO.

Al poco tiempo murió nuestra madre! Yo me hallaba en Lóndres. Un hermano de nuestro padre cuidaba de mi educacion. No olvidaré nunca esa limosna, que el pobre anciano me dió, á costa de sacrificios y de privaciones.

LEONCIA.

Entonces fué cuando yo, niña todavía, guiada por un impulso secreto, recogí á Elvira...

ÁLVARO.

Que en usted ha encontrado siempre el cariño de una hermana y la ternura de una madre.

LEONCIA.

No hablemos de eso.

ÁLVARO.

Por qué no?

LEONCIA.

Hay cosas que no deben recordarse nunca.

ÁLVARO.

Callaré.

LEONCIA.

Conque... nos deja usted?

ÁLVARO.

Sí.

LEONCIA.

Un hombre de ingenio, que tanto brilla en la córte.

ÁLVARO.

Sí; se me escucha por costumbre, y de vez en cuando se me aplaude... con esa glacial sonrisa en que paga el que todo lo puede á quien todo lo espera.

LEONCIA.

Es usted injusto: España entera rinde un tributo de admiracion al más elegante de nuestros publicistas.

ÁLVARO.

Leoncia, pluma que se moja en la hiel de la amargura escribe solamente el sarcasmo y la ironía. Diez años llevo de luchar en la imprenta. Y qué soy? Lo que era hace diez años: un jornalero del pensamiento; nada más.

LEONCIA.

Culpa es de usted, que ha preferido el dardo rudo de una polémica punzante, al fresco laurel de Alarcon y de Moreto. Yo recuerdo...

ÁLVARO.

Sí; una noche de gloria y de esperanzas legítimas. El público me aplaudió con calor; la gacetilla me censuró con acritud. Una nube de monaguillos literarios cayó sobre mi comedia, y la pobrecita sufrió desde la indiferencia hasta la calumnia. ¡Imprudentes! No saben que llegará dia en que el sentido comun arroje del templo á los malos mercaderes.

LEONCIA.

Y por una crítica, más ó menos acerba, abandonó usted el templo de las musas y se consagró en cuerpo y alma...

ÁLVARO.

Al sostenimiento de principios combatidos siempre por el libertinage político de los hombres sin conciencia...

LENOCIA.

Paso que no aprobé, bien lo sabe Dios!

ÁLVARO.

Y del que no estoy arrepentido.

LEONCIA.

Pero del que no ha sacado usted ningun provecho.

ÁLVARO.

Un nombre que no tenia... y eso es algo.

LEONCIA.

Sí, pero no mucho.

ÁLVARO.

Leoncia!...

LEONCIA.

Me explicaré. Un nombre... asi... él solo, sin la autoridad de los siglos, sin el prestigio de la riqueza, sin la aureola del poder, es bueno para la historia, para la posteridad, para un sepulcro.

ÁLVARO.

Leoncia!...

LEONCIA.

En el dia no sirve de palanca, ni mucho menos de cimiento, un nombre que se conquista por medio del estudio y del trabajo. La nobleza es algo todavía, pero el dinero vale más que la nobleza. Cuando se pisa sobre alfombras de terciopelo y se da un banquete cada semana y se vive como un sátrapa, el nombre se forma él solo, y él solito se remonta en hombros de la adulacion. No importa que magnificencia tanta sea el fruto de especulaciones indignas, ó del tráfico de la conciencia; el hombre que á esa altura llegó, tiene derecho á ser alcalde de la villa, á un asiento en el Senado, á una cinta en el ojal, y lo que es más triste todavía, á decir, si alguien le pregunta, quién es usted; usted que brilla en la república de las letras, pero que no vive entre muebles de palo santo; que gana con su trabajo el pan de su familia, pero que no ofrece á los parásitos la mesa del sibarita... *Quién es ese?* responderá: *un periodista*, *un haragan*, *un perdido*. Se lo dije á usted hace diez años: para ser independiente, es necesario empezar por dejar de serlo.

ÁLVARO.

Sin embargo, Leoncia, no cambio yo la pobreza que me honra, por ese lujo que deslumbra.

LEONCIA.

Lo creo.

ÁLVARO.

Queria valer por mí, lo que otros valen por el nombre que heredaron ó las riquezas que adquirieron. Arraigado en mi corazon un sentimiento profundo...

LEONCIA.

Hola! Se me figura que adivino... Y... quién es ella?

ÁLVARO.

Y usted me lo pregunta?

LEONCIA.

Por qué no?

ÁLVARO.

Leoncia, la inexperiencia de la edad fabrica á veces castillos de naipes, que no tienen más cimiento que una esperanza. Desvanecida esta por el desengaño ó la realidad, el castillo viene á tierra sin confusion ni estrépito, pero deja, por único recuerdo, en el corazon, terreno sobre el cual levantaba sus almenas, el silencio y la soledad. El espectáculo de la felicidad agena ahonda la herida. La ausencia y el tiempo, Leoncia, son los mejores médicos del alma.

LEONCIA.

No se dá cariño más respetuoso!... Y ella lo sabe?

ÁLVARO.

No.

LEONCIA.

Su nombre?...

ÁLVARO.

Para qué?

LEONCIA.

Su nombre?...

ÁLVARO.

Pues bien... No me dijo usted anoche que se casaba con Enrique?

LEONCIA.

Álvaro!...

ÁLVARO.

No se enoje usted, Leoncia, ni se arrepienta de haberme oido. Seguiré callando, como he callado hasta hoy; pero al menos yo podré decir en mi voluntario destierro, allá donde me lleve la estrella de mi vida: «Si no es dichosa, alguna vez se acordará de mí.»

BERNARDA. (Entrando.)

El señorito don Enrique...

LEONCIA.

Serénese usted, Álvaro; que no sospeche... ¡por Dios!...

ÁLVARO.

Pierda usted cuidado.

ESCENA III.

LEONCIA.—ÁLVARO.—ENRIQUE.—PROTASIO: éste con bufanda y embozado hasta los ojos en una larga capa.

ENRIQUE. (Dándole la mano.)

Leoncia...

LEONCIA.

Pero... Protasio!...

PROTASIO.

Hermana mia! Estamos á diez y ocho de octubre...

ENRIQUE.

Así me lo he encontrado, tomando el sol, como un imbécil, en la calle de Alcalá.

PROTASIO.

Las pulmonías menudean en la gran córte de las Españas, y yo no quiero... Están cerrados los balcones?

LEONCIA.

Sí, hombre, sí.

ENRIQUE.

Le veo á usted cabizbajo... qué es ello?

LEONCIA.

Ha venido á despedirse de nosotros... Un viaje repentino...

PROTASIO.

Y se marcha usted sin ver á la hermanita?

ÁLVARO.

Eso no: dentro de media hora iré al camino de hierro; vendrá conmigo aquí, se la entregaré á Leoncia... y mañana mismo...

ENRIQUE.

Y á dónde? Á Paris? Á San Petersburgo?

PROTASIO.

Mi primer viaje fué á la Habana: delicioso país! Unos árboles y unas frutas!... y un calor!... y unos mosquitos! Como usted prescinda allí del agua y del sol, del vómito y de los alacranes, de las tintoreras y de las nigüas, de los cocodrilos y de unos dos mil rayos, que caen diariamente, con su orquesta de truenos y sus luminarias de relámpagos, convendrá usted conmigo en que la reina de las Antillas es un verdadero paraiso.

ÁLVARO.

No es mi intento recorrer la América...

PROTASIO.

Hace usted mal.

ENRIQUE. (Á Leoncia.)

De negligé todavía?

PROTASIO.

No se muera usted sin ver un baile de negros.

LEONCIA.

Tan entretenidos son?

ENRIQUE.

Se respirará un aroma...

PROTASIO.

Pero se ven unos aderezos de brillantes!...

LEONCIA. (En tono burlon.)

Y de perlas!...

PROTASIO.

Y de rubíes y de esmeraldas!... pues no!... una esclava luce en esos bailes los collares y las sortijas de su ama. Hay negrita que lleva encima por valor de doscientos mil pesos.

ENRIQUE.

De veras?

PROTASIO.

Lo he visto yo.

ENRIQUE.

Y se vuelve á casa la negrita con los doscientos mil pesos?...

PROTASIO.

Sin que se la extravie durante el jolgorio ni una piedra, ni un arete... como que lo pasa entre negros, no sucede entre blancos!... (Se dirige á la mesa y observa el termómetro.) Hola! dos grados menos de calor que ayer...

ENRIQUE.

Un viaje de recreo...

ÁLVARO.

De recreo, no... de absoluta necesidad...

LEONCIA.

Me permitirán ustedes?... dos minutos... el tiempo de ponerme un trage...

ENRIQUE. (Besándola la mano.)

Leoncia mia!

LEONCIA.

Álvaro!...

PROTASIO.

Anda con Dios, mujer!...

ESCENA IV.

ENRIQUE.—ÁLVARO.—PROTASIO.

ENRIQUE.

Tan mal le va á usted en España?

ALVARO.

Qué quiere usted, Enrique!

ENRIQUE.

Á Lóndres, eh?

ALVARO.

Sí, á Lóndres.

PROTASIO.

Durante un año viví yo en esa capital del orbe protestante... Qué gobierno! qué imprenta! qué aristocrácia! Qué costumbres electorales! Qué independencia tan absurda!... Nada recordará á usted allí este desórden ameno, este olvido constante de las opiniones de ayer, estas mayorías que se reciben como carga concejil, este natural apego de nuestros hombres políticos al riñon del presupuesto! Creáme usted; no vaya usted á Inglaterra; es un pais dejado de la mano de Dios.

ENRIQUE.

Tierra de hereges!... París! París!... Aquello es otra cosa.

PROTASIO.

Tampoco.

ALVARO.

Pues, á dónde me aconseja usted que vaya?

PROTASIO.

A dónde?... Lejos, muy lejos de aquí, ceñida del mar Caspio, y bañada por el sol, hay una region que es á mis ojos el verdadero eden de la vida. Tierra de corceles ligeros como el viento, y de frutas como el ámbar de gustosas; esa tierra de maravillas y de cuentos, de poesía y de aventuras, es la única del mundo que disipa las tristezas del alma y dá al cuerpo sosiego y satisfaccion. Vívese allí en tiendas que levantan los esclavos al pié de una montaña, á orillas de una corriente, entre los árboles de un bosque, ó en palacios de mármol y granito. Andan por allí tirados la seda y el cachemir; quien gusta de peligros en la caza, tropieza á lo mejor con tigres y leones que le hacen frente en el desierto; y quien prefiere el aroma de los pebeteros en los camarines de un serrallo, de tantas hermosuras como vé, se vuelve ciego y tiene que andar á tientas,

confiando su eleccion á la sensibilidad del tacto. Hablo por experiencia. Tocóme en suerte de ese modo una linda circasiana de diez y ocho años...

ENRIQUE.

Excelente edad!

PROTASIO.

Algo trigueña...

ENRIQUE.

Color de grandes esperanzas!...

PROTASIO.

No muy alta.

ENRIQUE.

Se entiende.

PROTASIO.

Ojos garzos...

ENRIQUE.

Ay! me acuerdo yo de unos!...

PROTASIO.

Ni gorda, ni flaca...

ENRIQUE.

Un justo medio.

PROTASIO.

Y una cabellera...

ENRIQUE.

Brillante corona que la naturaleza colocó sobre la frente de la mujer.

PROTASIO.

Lábios de coral...

ENRIQUE.

Vamos! El vivo retrato de...

PROTASIO.

De quién...

ENRIQUE.

De nadie... Continúa... pobre Elvira!

PROTASIO.

Á los dos meses me cansé de ella.

ENRIQUE.

Tan pronto?

PROTASIO.

Y se la envié de regalo á Nereddin-chah, quien me dió en testimonio de gratitud una pipa que se me rompió á los pocos dias, mil botellas de excelente vino, que me he bebido ya, y un magnífico traje persa, que no me pongo nunca. De allí me trasladé á Polonia, donde tuve ocasion de admirar el régimen benigno y suave del autócrata; y cansado ya de andar rodando por esos mundos, vine á dar al cabo con mis huesos en Valencia, reina del Túria y madre del arroz.

ENRIQUE.

Valencia!... Valencia!... Si yo refiriera á usted... Si yo te contara, Protasio!... Pero no... Semejante recuerdo dias antes de mis bodas con Leoncia, seria una profanacion...

PROTASIO.

De ningun modo... Lo que no ha sido en su año, no es en su daño.

ÁLVARO.

Alguna misteriosa aventura, de esas que han hecho de usted un nuevo don Juan Tenorio.

ENRIQUE.

Que no sepa Leoncia...

ÁLVARO.

Descuide usted.

PROTASIO.

Habla, hombre, habla...

ENRIQUE.

Hará cuatro meses, que fiel á los principios tutelares de la sociedad...

PROTASIO.

Te has hecho republicano segun eso?

ÁLVARO.

Es usted ya liberal?

ENRIQUE.

Soy monárquico puro.

PROTASIO.

Buen provecho.

ENRIQUE.

Hará cuatro meses, repito, que fiel á esos principios tutelares, tomé parte en cierta conspiracion...

ÁLVARO.

Lo recuerdo.

PROTASIO.

Buen rato diste á Leoncia. Locura semejante!

ENRIQUE.

Cómo locura? qué arriesgaba yo? Un poco de tranquilidad y de sosiego... unos cuantos dias de no ir á la Fuente Castellana, ni al Casino... en resumidas cuentas, nada. Estaba con nosotros cuanto hay de noble y religioso en la católica España.

ÁLVARO.

Pero no el pueblo.

ENRIQUE.

Ni falta que hacia...

PROTASIO.

Así salió ello.

ENRIQUE.

Juzgar por el resultado es un absurdo.

ÁLVARO.

Tiene razon, Enrique... Adelante.

ENRIQUE.

El gran complot se deshizo, como la sal en el agua...

PROTASIO.

Y amos y criados, y príncipes y señores, tuvísteis que apelar á la estratagema de la fuga y evitar de ese modo el rigor de la justicia...

ENRIQUE.

No, para eso, no; para cubrir las apariencias; yo estaba en aquel secreto. La ley en aquel tiempo era elástica; se estiraba y se encogia á voluntad del Gobierno; así es, que se la puso un límite y de allí no pasó.

ÁLVARO.

Pobre España!

ENRIQUE.

Yo, sin embargo, para mayor seguridad y dar tiempo á que calmase la efervescencia popular, me escondí en una casa de campo orillas del Túria. Contigua á esa quinta de recreo, levantaba otra sus modestas paredes ocultas entre limoneros y naranjos. Era en los dias festivos aquella especie de granja, el punto de reunion de tres ó cuatro familias de Valencia, que alegremente allí se congregaban, vestidas de blanco y coronadas de flores las doncellas, y cubiertos los hombros con grandes pañuelos de tul ó de encaje las mamás: viéronme una tarde y preguntaron quién yo era; respondióles mi guardian que un proscrito, y esta sola palabra produjo en ellas tan honda sensacion, que me contemplaron desde entonces como á un sér extraordinario y misterioso. Una, sobre todo, tan hermosa como la madona del Arco, y apenas entrada en la juventud de la vida, clavó en mí sus rasgados ojos, abriendo á los villanos intentos del

hombre de mundo, con aquella mirada significativa ó casual, un porvenir de felicidad y de gloria.

PROTASIO.

Prosigue.

ENRIQUE.

Desde aquella tarde, señalada como la más dichosa en el libro de mis aventuras, me propuse volver loca á la inocente provinciana. Excuso decir á ustedes que á las dos semanas no cabales era yo el sueño de aquella imaginacion exaltada, el único sentimiento de aquel corazon apasionado.

PROTASIO.

Fué rápida la conquista.

ENRIQUE.

La proscripcion hace milagros: es un talisman precioso en manos de un hombre de experiencia. La mujer es lo que el hombre quiere que sea; y buena ó mala, no deja de ser nunca, esperanza de la felicidad. Materia privilegiada que trueca el rubor de la vírgen por la santidad de la madre, la mujer, en asuntos de amor, empieza por soñar y acaba por sufrir. Un proscrito no es á sus ojos el génio que trastorna, sino el mártir que padece. Asi es, que en tales casos, la mujer no vé, no reflexiona, no analiza; se identifica con el hombre por el encanto del peligro y se forja una novela, que se desenlaza las más veces entre quejidos de agonía y lágrimas de arrepentimiento. Yo, por consiguiente, no desaproveché las ventajas de mi posicion; hablé con ella al abrigo de las sombras de la noche; la pinté con vivos colores esa vida aventurera y sombría de quien se consagra á la religion de una bandera, ya rota por la ingratitud de los tiempos; y cuando mis lábios evocaban esos grandes recuerdos, escritos en la historia por la mano del verdugo, aquella débil criatura esclamaba, cayendo de rodillas á mis piés!... yo te amo, Alfredo! Conde de Negreira, yo te amo!

PROTASIO.

Hola! Te finjiste Conde?

ÁLVARO.

Mintió usted su nombre?

ENRIQUE.

Para lograr más pronto mi objeto. No es posible que interese un proscrito que se llama Blas, ó Gervasio, Canuto, ó Basilio: pero un Conde! Eso es otra cosa!... la mujer recuerda su corona de hierro... su escudo blasonado... la horca y el cuchillo de los siglos feudales!..

PROTASIO.

Y qué fin tuvo la aventura?

ENRIQUE.

Vaya una pregunta! El que yo quise que tuviera! Y como dentro de dos dias me casaré con Leoncia, la novela vendrá á desenlazarse entre quejidos de agonía y lágrimas de arrepentimiento.

PROTASIO. (Riéndose.)

Magnífico! Soberbio!

ÁLVARO.

Á mí me parece indigno. Pagar cariño con deshonra!...

ENRIQUE.

Extravíos de mozo á que la sociedad no dá importancia ninguna.

PROTASIO.

Preocupaciones de la vieja Europa, desconocidas en el Asia.

ALVARO.

Preocupaciones que honran y extravíos que lastiman el buen nombre de una familia. Ya sé yo que la sociedad mira con indiferencia esas desgracias domésticas; que perdona al seductor, cuando no se burla de la víctima...

ENRIQUE.

Leoncia...

ESCENA V.

LEONCIA.—PROTASIO.—ÁLVARO.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

Encantadora!

LEONCIA.

Lisonjero!...

PROTASIO. (Aparte á Enrique.)

Si yo contara á Leoncia!...

ENRIQUE.

Protasio!... por Dios!...

PROTASIO.

Bien, hombre, bien: seré prudente; no te asustes; confia en mi discrecion.

LEONCIA.

Álvaro!... El silbido de la locomotora... desde aquí se vé la estacion del camino de hierro.

ÁLVARO.

Si usted me permite...

LEONCIA.

Hasta luego... hoy comeremos juntos.

PROTASIO.

Iré con usted. Hace diez y seis años que no he visto á Elvira...

ENRIQUE.

Elvira!...

PROTASIO.

Siento cierta curiosidad!... (Protasio toma su capa.)

ÁLVARO.

Como usted quiera...

LEONCIA.

La capa! con este calor!...

PROTASIO.

La capa, hermana mia, la capa... Si quieres estar sano, la ropa del invierno gasta en verano.

ESCENA VI.

LEONCIA.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

Gracias á Dios!

LEONCIA.

Sí, gracias á Dios!... pero vamos á cuentas.

ENRIQUE.

Sentémonos aquí.

LEONCIA.

Confiesa, Enrique mio, que nuestro matrimonio tiene algo de extravagante y singular.

ENRIQUE.

Bajo cierto punto de vista... sí... lo confieso. Quién iba á esperar que se muriera tan pronto tu primer marido?...

LEONCIA.

Ni que nuestro tio don Gil de Moncada...

ENRIQUE.

Excelente señor! vivió pobre y murió rico! En cuanto se separó su alma de su cuerpo se le cayeron de las manos quinientos mil duros.

LEONCIA.

Qué buen tio! A la hora de su muerte me nombró heredera...

ENRIQUE.

Si te casabas conmigo... De lo contrario...

LEONCIA.

La herencia es tuya... lo sé.

ENRIQUE.

Condicion inútil en el testamento, Leoncia: porque con herencia y sin herencia, yo hubiera buscado en tu cariño...

LEONCIA.

Tanto me quieres, Enrique?...

ENRIQUE.

Más de lo que tú imaginas.

LEONCIA.

Y la Baronesa?

ENRIQUE.

Pobre mujer! La cortesía me impuso ayer la penosa obligacion de ir á verla, y te confieso que no me encontré nunca en aprieto semejante.

LEONCIA.

Lloró mucho?

ENRIQUE.

Como una Magdalena.

LEONCIA.

Arrepentida?

ENRIQUE.

Eso no lo sé.

LEONCIA.

Supongo que enjugarías sus lágrimas?

ENRIQUE.

Con el pañuelo... Como quien quita el polvo á un retrato de familia.

LEONCIA.

Qué edad tendrá la Baronesa?

ENRIQUE.

Cuarenta años... cumplidos.

LEONCIA.

Cuarenta años, eh? De modo que ya entraba por mucho en tus visitas...

ENRIQUE.

La costumbre.

LEONCIA.

Cuenta corriente. Vamos á otra. Y la aventurera?

ENRIQUE.

Quién?

LEONCIA.

Esa italiana... de quien se habla tanto en Madrid...

ENRIQUE.

La conoces?

LEONCIA.

De vista.

ENRIQUE.

Es hermosa... no es verdad?

LEONCIA.

Sí, muy hermosa.

ENRIQUE.

Su aparicion en la corte fué un verdadero acontecimiento. La juventud acudió en tropel á su casa... diputados y senadores, ministros y consejeros, comerciantes y propietarios... aquello fué un duelo á muerte, en que se disputaba la posesion de esa Vénus del Ticiano. Yo, como otros muchos, de curioso, más que de asombrado, tomé parte en la contienda, y quiso mi buena estrella...

LEONCIA.

Presuntuoso!

ENRIQUE.

Nube de verano. Leoncia mia.

LEONCIA.

Y qué edad tiene la linda veneciana?

ENRIQUE.

Eso no lo sé.

LEONCIA.

De veras?

ENRIQUE.

Como esas mujeres se pintan en la cara la edad que necesitan, vaya usted á averiguar!...

LEONCIA.

Ningun otro pecadillo reciente?...

ENRIQUE.

Ninguno.

LEONCIA.

No te acusa la conciencia?...

ENRIQUE.

Tranquila está, como la superficie de un estanque.

LEONCIA.

Sin embargo, Enrique, bueno será que yo te hable con franqueza. El matrimonio es el acto más importante de la vida, y ya que fuí dichosa con mi primer marido, quisiera serlo tambien con el segundo.

ENRIQUE.

Si no son mentiras tus juramentos de amor...

LEONCIA.

No, Enrique: te quiero!... con el primer cariño de mi alma! Si

me casé con el difunto, fué mas de agradecida que de enamorada...

ENRIQUE.

Lo sé.

LEONCIA.

Pagóme generoso el sacrificio...

ENRIQUE.

Con sesenta mil reales de renta en trigo y aceite... Vaya un legado! Ahora es distinto: será fuerza que abandones el retiro en que vives. La sociedad te reclama...

LEONCIA.

Qué sociedad, Enrique?

ENRIQUE.

Cuál ha de ser, Leoncia?

LEONCIA.

Ese monton confuso de individualidades que se agitan en la fuente Castellana, que cruzan por esas calles envueltas en el ropaje de su ridícula vanidad? Esa congregacion nocturna de lenguas que calumnian ó de lenguas que lisonjean? Ese apretado enjambre de ambiciones que se chocan, de envidias que se despedazan, de resentimientos que se mortifican? No, Enrique, no. Para penetrar en esa sociedad peligrosa...

ENRIQUE.

Solo te falta mi nombre y el título de Condesa.

LEONCIA.

Condesa yo? Para qué?

ENRIQUE.

Quiero, Leoncia, que á los atractivos de tu hermosura, reunas el prestigio de un escudo blasonado.

LEONCIA.

Enrique, yo comprendo mejor que tú, mejor que otros, la conveniencia de esos pergaminos. Me explico la antigua aristocrácia, por-

que es á mis ojos la representacion viva de glorias tradicionales; no rechazo la moderna, cuando se levanta sobre merecimien os legítimos... pero me dá risa y me burlo de esa otra, que nace de las condescendencias cortesanas, ó de las arcas del tesoro público. Condesa yo de... Casa-Martin, porque tu apellido es Martin?... Condesa yo de... Casa-Perez, porque mi apellido es Perez?... No, Enrique, no; deja que me llamen Leoncia Perez, puesto que así me pusieron en la pila, que por Leoncia Perez me conoce todo el mundo, y como Leoncia Perez, llegué á formar una rica coleccion de autógrafos con cuarteles y penachos y grifos y banderas, que he sacrificado hace poco en los altares de himeneo.

ENRIQUE.

Es decir, que debo renunciar á mis relaciones, á mis costumbres?...

LEONCIA.

No, Enrique; no exigiré yo de tí tamaño sacrificio. Libre tú de seguir cultivando tus antiguas amistades; pero yo... iré á donde me traten con cariño, no á donde se me reciba con indiferencia ó desden.

ENRIQUE.

Pues bien, Leoncia; mi nombre será tu escudo en ese complicado laberinto que te asusta, en ese revuelto mar en que naufragan tantos navegantes. Allí donde más se respire la atmósfera de la seduccion y del extravio, allí brillarás tú por tu gentileza y tus virtudes...

LEONCIA.

Enrique, deja que siga aquí dormido el demonio de la vanidad. Busquemos la dicha dentro, no fuera del hogar doméstico.

ENRIQUE.

Con todo, Leoncia; no es cuerdo chocar abiertamente con las costumbres, y las de hoy no son las de nuestros mayores.

LEONCIA.

Lo sé: buena casa, amueblada con lujo, trenes elegantes, palco en los teatros...

ENRIQUE.

En el Real...

LEONCIA.

En todos: caballos ingleses para tí; un excelente cocinero...

ENRIQUE.

Y tres ó cuatro amigos á la mesa...

LEONCIA.

Tres ó cuatro; nada más.

ENRIQUE.

Alguno que otro baile...

LEONCIA.

No...

ENRIQUE.

Pero, Leoncia; recibir una ó dos veces al año...

LEONCIA.

Es dar ocasion á que se murmure de nosotros, cosa que no es buena, y á que se escriba algun artículo llamándonos simpáticos, lo cual es peor. El dinero que habia de costarnos esa manifestacion de nuestra vanidad, lo gastaremos en alentar al artista que traza el lienzo de los Comuneros, ó modela una estátua de Colon, y en socorrer á los pobres de nuestra parroquia.

ENRIQUE.

En ese punto no irás tú más lejos que muchas damas de nuestra sociedad.

LEONCIA.

Enrique, tengo yo para mí que debe ser silenciosa la caridad. Limosna que se publica en los diarios, que se pregona en las tertulias y que se comenta en sacristías y palacios, tiene poco de humilde y de cristiana, y mucho de hipócrita y presumida.

ENRIQUE.

Conque es decir, Leoncia...

LEONCIA.

Que te quiero mucho, Enrique. Viviria mortificada en medio de ese torbellino social, que seca una por una las ilusiones del alma, y que siembra de penas y desengaños el camino que recorre!

ENRIQUE. (Besándola la mano.)

Leoncia mia!...

LEONCIA.

Un coche! Mi ahijada...

BERNARDA. (Entrando.)

La señorita...

ESCENA VII.

LEONCIA.—ELVIRA.—PROTASIO.—ÁLVARO.—ENRIQUE.

ELVIRA.

Leoncia!

LEONCIA.

Hija mia!

ENRIQUE.

Dios me asista y me defienda!—Elvira!

ELVIRA.

Alfredo... Usted aquí?

LEONCIA.

Alfredo!...

ENRIQUE. (Á Protasio.)

Es ella, la de mi aventura...

PROTASIO.

La hermana de...

ELVIRA.

No es este caballero el conde de Negreira?

ÁLVARO.

Qué has dicho?

LEONCIA.

No, Elvira; se llama Enrique, y dentro de dos dias será mi marido...

ELVIRA.

Oh!... tu... tu... marido!... qué vergüenza!... Yo me muero!... (Cae en brazos de Leoncia.)

ÁLVARO.

Oh! le mataré! le mataré!

LEONCIA. (Fijando su vista en Enrique.)

Qué misterio hay aquí? (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de jardin.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIA.—ELVIRA.

LEONCIA.

Levanta esa cabeza, Elvira: has depositado tu secreto en el corazon de una madre!

ELVIRA.

Niña y sin experiencia!... Me habló de amor y le ví proscrito!...

LEONCIA.

Continúa.

ELVIRA.

Me escribia todas las mañanas: y su lenguaje, nuevo para mí, levantó mi pensamiento á grandezas imaginarias. Porfiada fué la lucha que sostuve, pero su tenacidad triunfó de mi resistencia,.. Me juró por

la memoria de su madre, por la salvacion de su alma... y le creí! Hace un mes que me dejó, y lloraba como un niño, y me prometió que volveria á buscarme!... He vivido un mes soñando! Leoncia! perdóname!

LEONCIA.

Perdonarte yo?... De qué? Compadecerte, sí!

ELVIRA.

Pobre de mí! Engañarme de ese modo! Olvidar tan pronto sus juramentos!

LEONCIA.

Elvira, tranquilízate. La conciencia es la voz de Dios dentro del corazon humano. Enrique es bien nacido. Acaso vuelva de su error, y repare su ingratitud.

ELVIRA.

Á costa de tu sosiego, de tu felicidad?... Nunca. Yo devoraré en silencio mis penas y mis lágrimas. Tú me has tenido sobre tus rodillas; me has dado cariño y sustento, la ternura de la madre y la limosna de la santa!... Y yo, en pago de tierna solicitud!...

LEONCIA.

No llores, Elvira; Dios abrirá camino.

ELVIRA.

Y mi hermano!...

LEONCIA.

Yo le hablaré...

ELVIRA.

No, Leoncia; no es tiempo aún de que lo sepa. De carácter enérgico y de violenta condicion, calificaria de liviandad mi flaqueza... el fanatismo de la honra extraviaria su razon... Álvaro!...

ESCENA II.

LEONCIA.—ELVIRA.—ALVARO.

ÁLVARO.

Me han dicho que estaba usted en el jardin... y he tenido por cosa inútil que la pasaran á usted recado.

LEONCIA.

Ha hecho usted bien... Cumplimientos entre individuos de una misma familia, sientan mal.

ÁLVARO.

Tiene usted razon... No habia reparado... (Se acerca á Elvira y la estrecha en sus brazos.) Pobre hermana mia!

LEONCIA. (A Elvira.)

Déjame sola.

ESCENA III.

LEONCIA.—ÁLVARO.

ÁLVARO.

Ha adivinado usted mi pensamiento.

LEONCIA.

Si habremos nacido el uno para el otro!

ÁLVARO.

Desgraciadamente no! Si habia obstáculos ayer, mayores los levanta hoy esa fatalidad que desde la cuna me persigue.

LEONCIA.

Álvaro...

ÁLVARO.

Leoncia... Cuenta el rico en sus desventuras con su hacienda,

el magnate con su gerarquía, el soldado con su gloria; y eso que ellos poseen y que nadie les quita, es, más adelante, medicina del mal que sufrieron, y olvido de los sinsabores que pasaron. El pobre, por el contrario, recibe una herida, y como no tiene para consolarse del dolor que le aflige, sino la herencia que le dejó su padre, cuando esta herencia es la honra de su familia y se la roba un ladron, el pobre se declara á sí propio fuera de las leyes, y juez y verdugo á un tiempo, no descansa, no duerme, no vive, hasta encontrar al malhechor y purificar en su sangre el agravio recibido.

LEONCIA.

Y quién ha dicho á usted semejante despropósito?

ÁLVARO.

Despropósito?... Si es verdad, Leoncia! si es verdad!

LEONCIA.

Cavilosidades.

LVARO.

Lo sé yo.

LEONCIA.

Habrá usted dado crédito á invenciones y malicias, de esas que circulan á cada instante por la córte; anédoctas emponzoñadas que arroja á la credulidad de las gentes, ese duende invisible y subterráneo, que se llama la calumnia.

ÁLVARO.

En esta casa, en el gabinete que oyó la confesion de mi cariño... ínterin usted refrescaba las cintas de su tocado!... su hermano de usted nos refirió la historia de su viaje á Persia y Enrique la de cierta aventura, tan novelesca en sus pormenores, como repugnante en el fondo. Es cierto que sus lábios no dijeron el nombre de su víctima, pero tambien lo es, que allí se hizo escarnio de mi honra, sin que yo sospechase que de mi honra se trataba; porque de otro modo, hubiera azotado allí mismo la cara del seductor con la lengua del libertino.

LEONCIA.

Prudencia, Alvaro: no se dé un escándalo inútil. La imaginacion á veces se exalta, se ofusca... No olvide usted que la juventud del dia es presuntuosa...

ÁLVARO.

Y tanto, que en esta ocasion no ha calculado las consecuencias de su desvanecimiento. Creyó sin duda que la niña imprudente vivia sola en el mundo, á merced del primer cortesano que la viera, y la agarró, como se agarra un juguete, y la manchó como se mancha un cristal, y la abandonó despues sin pena, como abandona el hombre hastiado á la meretriz que desprecia. Error! Funesto error, que le hará más cauto para lo sucesivo; pero que hoy le sugeta á mi voluntad de hierro. Leoncia, mi hermana Elvira...

LEONCIA.

Se la vá usted á llevar?

ÁLVARO.

Vivir bajo un mismo techo!...

LEONCIA.

Elvira, como hasta aquí, será mi hermana.

ÁLVARO.

Imposible.

LEONCIA.

Álvaro!

ÁLVARO.

Imposible. Elvira aquí! Porqué? Para qué? Para llorar y sufrir? Llore y sufra donde nadie la vea. Testigo de una felicidad que execraria desde el fondo de su alma, causa involuntaria de una catástrofe que pudiera trocar en negros crespones las alegres tocas nupciales, Elvira aquí perderia un derecho santo, el de que se la respetase en su desgracia!

LEONCIA.

Esas palabras, ó encierran un misterio cuya explicacion exijo, ó

revelan el propósito deliberado de provocar una explicacion séria con Enrique.

ÁLVARO.

Á treinta años, Leoncia, no he de ir á búscar en un tribunal de justicia pregoneros de mi deshonra. Quiera ó no quiera Enrique...

LEONCIA.

Álvaro!

ÁLVARO.

Lo he resuelto.

LEONCIA.

Y sacrifica usted á un arranque de indignacion... justa, disculpable... convengo en ello, la buena fama, el porvenir acaso de Elvira? Olvida usted tan pronto lo que soy, lo que he sido á los ojos de usted? lo que represento en la tierra? Mis obligaciones y mis derechos? Mi ternura y mis beneficios? Mis beneficios, sí, ya que usted me obliga á recordárselos.

ÁLVARO.

No los he olvidado, Leoncia; no los olvidaré nunca: grabados están aquí, grabados aquí seguirán, siquiera me sonroje y humille la poca generosidad del recuerdo.

LEONCIA.

Álvaro!... No ha sido mi intencion mortificar á usted dispertando en su memoria la época más amarga de su vida.

ÁLVARO.

Aunque la beneficencia dé un asilo, no es un crímen la pobreza.

LEONCIA.

Tiene usted razon; se obra mal, cuando se hiere el orgullo legítimo del hombre á quien se estima. Perdóneme usted.

ÁLVARO.

Leoncia!...

LEONCIA.

Yo queria, yo quiero encerrar esta desventura dentro de las paredes de mi casa. Qué se gana con entregar á la maledicencia la reputacion de una familia? La publicidad? El escándalo? Ese pasto gro-

sero de la sociedad del dia? Ese gran resorte que la conmueve y agita? Le parece á usted bien? A mí no. Respeto la costumbre antigua que espera del valor y de la destreza el desagravio de la injuria, pero no tendré nunca por bueno el fallo de la casualidad.

ÁLVARO.

Qué seria de muchas gentes honradas sin el freno de la casualidad? Qué no se diria de mí, si retrocediera acobardado ante el fantasma de la pública murmuracion? Usted misma, Leoncia, aplaudiria la abnegacion del hermano, pero no tendria fé en el ánimo del caballero.

LEONCIA.

Álvaro, somos de una misma edad; nuestras madres se quisieron como hermanas y vivieron tan amigos nuestros padres, que aún más que voluntad, hubo de ser obligacion en mí, recoger á la huérfana en pago del cariño que su madre me tenia. Y como si todo esto no fuera bastante á estrechar amistades nacidas tan temprano, uno de esos sentimientos que se pierden con la vida, cuando se arraigan en el alma, ha encendido en mi corazon el de la gratitud, entre halagos de la vanidad. Usted me ha dicho que me amaba, y usted sabe que yo amo á Enrique... Pues bien, Álvaro, déme usted una prueba de que no era mentira lo que ayer me aseguraba.

ÁLVARO.

¿Cuál?

LEONCIA.

Renuncie usted por ahora, hasta que yo se lo diga, á un duelo con Enrique.

ÁLVARO.

Leoncia!

LEONCIA.

Un dia siquiera!

ÁLVARO.

Qué exige usted de mí?

LEONCIA.

No ve usted que se me está partiendo el corazon entre el temor y la esperanza?..

ÁLVARO.

Tamaño sacrificio!...

LEONCIA.

Álvaro!

ÁLVARO.

Un dia, Leoncia!

LEONCIA.

Nada más que un dia!

ÁLVARO.

Sea.

ESCENA IV.

LEONCIA.—ÁLVARO.—PROTASIO.—ENRIQUE.

PROTASIO.

No te dije que la encontrariamos en el jardin...

LEONCIA.

De dónde bueno, Protasio?

PROTASIO.

De la Alameda. Soberbia posesion tiene allí el heredero del gran virey de Nápoles!

ENRIQUE. (Entregándola una flor.)

Arrancada por mí de su tallo...

LEONCIA. (Recibe la flor con indiferencia marcada y la deshoja: despues dice:)

Álvaro, déme usted el brazo... (Se retira con Álvaro por la derecha.)

ESCENA V.

PROTASIO.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

Qué significa esto, Protasio?

PROTASIO.

No lo sé; pero este lance me recuerda los siguientes versos de Zorrilla:

Todo pasó! En el valle pantanoso
hay en vez de una fuente, una laguna...
y en las ramas del álamo pomposo
las hojas se desprenden una á una.

ENRIQUE.

Es tu opinion, segun eso...

PROTASIO.

La mia no, la del poeta.

ENRIQUE.

Pues yo quiero saber la tuya.

PROTASIO.

Protasius caret.

ENRIQUE.

Á un lado chanzas, y hablemos con formalidad, que el caso lo merece.

PROTASIO.

Hablemos.

ENRIQUE.

Lo que ha hecho tu hermana es harto significativo... Si es un rompimiento...

PROTASIO.

Tanto como un rompimiento... no creo.

ENRIQUE.

Alguien ha referido á Leoncia mi aventura con Elvira.

PROTASIO.

Podrá ser.

ENRIQUE.

Acaso tú?...

PROTASIO.

Yo, no.

ENRIQUE.

Pues quién? Únicamente asi se explica tan frio recibimiento,

desaire tan marcado, en presencia de un hombre extraño á la familia.

PROTASIO.

En presencia de Álvaro!...

ENRIQUE.

Habrá sido él?

PROTASIO.

Todo es posible.

ENRIQUE.

Pero cómo ha llegado á su conocimiento?...

PROTASIO.

Elvira misma...

ENRIQUE.

De cualquier manera que esto sea, urge un pronto y eficaz remedio...

PROTASIO.

Y cuál?

ENRIQUE.

No es creible que Leoncia renuncie á la felicidad y á la riqueza, á su matrimonio conmigo...

PROTASIO.

No es creible. (Momentos de silencio.)

ENRIQUE.

Si con un gran dote para Elvira, dos millones, por ejemplo...

PROTASIO.

Bien; pero... y su hermano?

ENRIQUE.

Tienes razon; Álvaro no consentiria nunca...

PROTASIO.

Si al gran dote acompañase un buen marido, ya entonces...

ENRIQUE.

Es verdad; cubiertas de ese modo las apariencias...

PROTASIO.

Yo me atreveria á responder...

ENRIQUE.

Y crees tú que podríamos hallar?..

PROTASIO.

Pues no! Va la sociedad muy deprisa en la senda del escepticismo...

ENRIQUE.

Y quién?... Sabes tú de alguien que...

PROTASIO. (Despues de reflexionar.)

Medita, piensa, recorre esa larga cadena de amigos que toman café contigo, que montan tus caballos y se pasean en tus carruajes...

ENRIQUE.

Beltran de la Cueva.

PROTASIO.

Ese te dirá que no.

ENRIQUE.

Si ha perdido hasta la camisa!

PROTASIO.

Pero vive en la confianza de que tendrá coche mañana. Además es independiente y altivo como el árabe en su desierto.

ENRIQUE.

Eusebio Garcerán.

PROTASIO.

Tampoco. Eusebio es uno de esos extravagantes, que no truecan la severidad de sus principios por un plato de lentejas.

ENRIQUE.

Y Cristóbal de Acuña?

PROTASIO.

Ese te dirá que sí: miembro de varias cofradías, engaña al mundo con la práctica de ejercicios religiosos, de que se burla en secreto; la hipocresía es su mejor cualidad. ¡Pero seria inhumano casará Elvira con Cristóbal.

ENRIQUE.

En ese caso, fuerza es apelar á medidas extraordinarias, para salir del atolladero en que estoy.

PROTASIO.

Apelemos.

ENRIQUE.

Elvira empleará el recurso de sus lágrimas cerca de Leoncia...

PROTASIO.

Es natural.

ENRIQUE.

Su hermano, herido en la honra...

PROTASIO.

Provocará un duelo, que dará ocasion á un escándalo.

ENRIQUE.

Corriente, no me importa; ese es mi elemento: el campo y la ciudad, el libertinage y la lucha. Yo iré á buscarle. Todo, menos renunciar á la mano de Leoncia. No retrocederé ante ningun sacrificio para conseguirla.

PROTASIO.

Enamoradillo estás, Enrique.

ENRIQUE.

Qué puede suceder? Nada, que sea en perjuicio mio. Herida más ó menos; una nueva página en la historia de mis desórdenes; una hoja más en mi corona de pendenciero. Se hablará de los tres; de Elvira, con lástima, con indiferencia de Alvaro, de mí con asombro. *Ha hecho bien*, dirán unos; *guardárala mejor*, responderán otros... Correrá mi aventura de boca en boca y se hará público lo que hasta hoy fué un misterio impenetrable. No habrá padre que no se asuste, ni marido que no me odie, ni mujer bonita que no piense en mí. Adelante, pues, y venga lo que viniere.

PROTASIO.

Cuidado, Enrique! Leoncia es mujer que no gusta, ni ha gustado nunca de ruidos...

ENRIQUE.

Siento decirte que eres un pobre hombre. No conoces tú el corazon de la mujer. Esclava en Asia ó libre en Europa, lo mismo es aquí, que allá: sacrifica á sus pasiones todo respeto humano. Leoncia será mia, porque ya es necesario que lo sea; porque este enlace no es un cálculo, ni tampoco un capricho, ni mucho menos un negocio mercantil: es la union de dos voluntades enérgicas, de dos corazones altivos... (Aparece Alvaro por el fondo.)

PROTASIO.

Álvaro...

ENRIQUE.

Llega á tiempo...

ESCENA VI.

ÁLVARO.—PROTASIO.—ENRIQUE.

PROTASIO.

Hola! Se ha retrasado el viaje?

ÁLVARO.

Sí.

PROTASIO.

Y cuándo?

ÁLVARO.

No lo sé todavía.

ENRIQUE.

Pronto, eh? (Movimiento de disgusto en Alvaro.)

PROTASIO.

Qué mal efecto le ha hecho el timbre de tu voz?

ÁLVARO.

Sí, pronto.

PROTASIO.

Ferro-carril del Norte?

ÁLVARO.

No.

PROTASIO.

Del Mediterráneo?

ÁLVARO.

Sí.

PROTASIO.

Sabrá usted nadar, porque de otro modo no llega usted con vida á Valencia.

ENRIQUE.

Tan descuidada está la vía?

PROTASIO.

Eso no; pero en octubre, en la estacion de las aguas! Y como el tal camino es un camino de secano...

ÁLVARO.

Exageraciones de usted.

ENRIQUE.

La ausencia será larga? (Alvaro mira con desprecio á Enrique y le vuelve la espalda.)

PROTASIO. (Aparte.)

Lo sabe.

ENRIQUE,

Alvaro, me conoce usted?

ÁLVARO.

Hace tiempo.

PROTASIO. (Aparte.)

Ya se armó.

ENRIQUE.

Pero, me conoce usted bien?

ÁLVARO.

Desde ayer, sí.

ENRIQUE.

No extrañará usted entonces?...

ÁLVARO.

De usted no extraño nada.

ENRIQUE.

Acostumbrado estoy á que se me respete.

ÁLVARO.

Y ya á no dar á nadie explicacion de mi conducta.

ENRIQUE.

Lo que usted ha hecho es una groseria.

ÁLVARO.

Nada más?

ENRIQUE.

Esa pregunta la convierte en un insulto.

PROTASIO.

Preocupado sin duda...

ÁLVARO.

No tal.

ENRIQUE.

Exijo de usted una satisfaccion.

ÁLVARO.

Con las armas?

ENRIQUE.

Espada ó pistola.

ÁLVARO.

Cuándo?

ENRIQUE.

Hoy mismo.

ÁLVARO.

No puedo.

ENRIQUE.

Álvaro!...

ÁLVARO.

No quiero.

PROTASIO.

Yo creo, señores, que este sitio no es el más á propósito...

ENRIQUE.

Cualquiera es bueno para dar una leccion...

ÁLVARO.

De libertinage tal vez?...

ENRIQUE.

De dignidad y de respeto.

ÁLVARO.

Guarde usted esos brios para más tarde.

ENRIQUE.

Tengo precision de aprovecharlos hoy.

ÁLVARO.

Como yo no quiera, será difícil.

ENRIQUE.

Pero no imposible.

ÁLVARO.

La presuncion crece en usted como por ensalmo.

ENRIQUE.

Váyase, porque con usted se achica el pundonor.

ÁLVARO.

Enrique!

ENRIQUE.

Gracias á Dios...

ÁLVARO.

No, no.

PROTASIO.

Qué cosa más rara! Un hombre ofendido! Y tan ofendido!...

ENRIQUE.

Sabe usted el nombre que dá la sociedad á quien como usted rehuye?...

ÁLVARO.

Lo sé.

ENRIQUE.

Y si yo mañana ó esta noche refiero á mis amigos...

ÁLVARO.

Será usted un charlatan.

ENRIQUE.

Pero no un cobarde.

ÁLVARO.

Miserable!... oh! no me hable usted, Enrique; déjeme usted; nos veremos otro dia.

ENRIQUE.

Hoy mismo.

ÁLVARO.

Ya he dicho á usted que no.

ENRIQUE.

Mucho apego tiene usted á la vida.

ÁLVARO.

Ninguno.

PROTASIO.

Pudieran buscarse términos de conciliacion...

ENRIQUE Y ALVARO.

No.

ENRIQUE.

Difícil es sacar á usted del estrecho círculo en que se ha encerrado, y supongo que será inútil recordarle lo que debe el hombre á su propia dignidad. Yo he ido tan allá en esta ocasion, porque para mí son leyes las costumbres de la sociedad en que vivo. Si á usted le parece honrado ofender y no dar cuenta del insulto, cuando se le pide tan perentória y tan dura, á mí me parece indigno; si usted se propone disfrazar con el manto de una misteriosa prudencia, un miedo previsor...

ÁLVARO.

Enrique, no me ponga usted en el precipicio de que ahogue entre mis manos esa palabra insolente que me calumnia. Bástele á usted saber, que dentro de algunas horas, que mañana á más tardar!...

ENRIQUE.

Mañana... mañana corre usted el peligro de que le salude el látigo con que azoto á mis caballos.

ALVARO.

Ah! (Vá á precipitarse sobre Enrique y Protasio le detiene.)

PROTASIO.

En casa de mi hermana!

ENRIQUE.

Vamos.

ESCENA VII.

ALVARO.—Poco despues LEONCIA.

ALVARO. (Sentándose sobre un banco de piedra y cubriéndose el rostro con las manos.)

Dios mio! Dios mio!

LEONCIA. (Estrechándole una mano.)

Gracias, Álvaro, gracias!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA.—BERNARDA.—PROTASIO, sentado á la derecha en primer término.

BERNARDA.

Ha sido encargo de la señora: «adorna con flores la habitacion de Elvira,» me dijo, y llenitos están de macetas los balcones y de ramos el tocador y las jardineritas del gabinete.

ELVIRA.

Gracias, Bernarda. Y á dónde ha ido?

BERNARDA.

Si ha vuelto ya! Está en su cuarto... escribiendo.

PROTASIO.

Á ser menos escrupuloso!... dos milloncitos de dote!... diez y ocho años!... Bonita, como un ángel!...

BERNARDA.

Es necesario que pierda usted en Madrid ese encogimiento provinciano. La córte no es un lugaron!

PROTASIO.

Yo he leido á Peutarco, y Caton, segun cuenta el nacido en Cheronea, prestó su propia mujer á Quinto Hortensio, y no por eso dejó de ser Caton el primer ciudadano de la República... Y luego... la tranquilidad de Leoncia... su porvenir!...

ELVIRA.

Y Enrique?

BERNARDA.

Á saber donde estará! Corriendo por esas calles de Dios!... Comprando alhajas para la novia.

ELVIRA.

Le quiere mucho Leoncia?

BERNARDA.

Con delirio!...

PROTASIO.

Y vaya si es compromiso el de Enrique! No por Álvaro, que segun la muestra que dió ayer, no es hombre de armas tomar!... (Suena un campanillazo.)

BERNARDA.

La señora.

ESCENA II.

ELVIRA.—PROTASIO.

PROTASIO.

Elvira!

ELVIRA.

Estaba usted tan abismado en sus reflexiones que no quise...

PROTASIO.

Hizo usted mal. Nunca estorba, quien como usted es un prodigio de hermosura.

ELVIRA.

Lo que usted dice, no pasa de ser una galanteria.

PROTASIO.

La verdad: yo nunca miento... (Pausa.) Qué es eso?

ELVIRA.

Un libro de estampas...

PROTASIO.

Las mujeres de la Biblia?

ELVIRA.

Sí.

PROTASIO.

Hermosas láminas! (Otra pausa.) Hola!... Ester!... gran reina! sobrina de Mardoqueo, un anciano venerable!...

ELVIRA.

Sí.

PROTASIO.

Y... cuidado si es hermosa! Imposible parece que en el rincon de una provincia!... Y ha vivido usted mucho tiempo en la ciudad de Valencia?

ELVIRA.

Seis años.

PROTASIO.

Qué de recuerdos, Elvira!

ELVIRA.

Ninguno.

PROTASIO.

Que nadie pensó en usted? Que nadie aspiró siquiera?...

ELVIRA.

Todos sabian que era pobre!

PROTASIO. (Aparte.)

(Y del pobre se huye como de la peste.)—Sin embargo, Elvira; cuando se tienen esos rasgados ojos, y esas mejillas pálidas, y esa cintura leve, y ese aire melancólico, se conquista el privilegio de ser admirada, de ser... de ser... querida. Ya se lo he dicho; trabajillo me ha costado!

ELVIRA.

Se conoce, Protasio, que ha vivido usted durante mucho tiempo léjos de su país. La España que usted ha encontrado, no es la España que usted dejó.

PROTASIO.

Más libre hoy, más robusta, más floreciente, más ilustrada...

ELVIRA.

Y tambien más positiva y material, si es cierto lo que aseguran otros que la conocieron antes. Hoy dia no se rinde culto á la mujer; aquel culto caballeresco, que la convertia en reina de las fiestas y en señora del pensamiento. Quien más la estima, se apodera de ella como de una flor, necesaria mientras duran sus colores y se aspiran sus aromas; inútil en sus manos, cuando se marchita ó se deshoja. No es ya flaqueza, sino obligacion, levantar altares al dinero. Así, la pobre mujer que viene á este mundo á merced de la primera buena alma que la recoja, como penetre en los salones llevada por la mano de la caridad, se agitará sola en ellos, víctima con frecuencia de la seduccion, casi siempre de la calumnia.

PROTASIO. (Aparte.)

(Y habla como un filósofo.)—Perdone usted, Elvira; pero se me figura, que tiene sus puntas de exageracion ó de resentimiento lo que usted ha dicho. No es tan universal ese desvío. Sea la mujer que en ese caso se encuentre, digna y honrada y... Yo de mí puedo asegurar, que si mi buena estrella me deparase una, como usted por ejemplo... no vacilaria en... en... La idea del matrimonio me echa un nudo á la garganta.

BERNARDA. (Anunciando.)

Don Cristóbal de Acuña...

PROTASIO.

El cielo me le envia.

ESCENA III.

ELVIRA.—CRISTÓBAL.—PROTASIO.—Cristóbal con un álbum en la mano.

PROTASIO. (Á Elvira.)

Cristóbal de Acuña, mi amigo.

CRISTÓBAL.

Señorita...

ELVIRA.

Caballero!...

PROTASIO.

Qué vientos te traen tan de mañana por esta casa?

CRISTÓBAL.

No contra mi deseo, pero sí contra mi costumbre, he venido á verte hoy más temprano que otros dias, porque son para mí preceptos invitaciones de cierta especie. La duquesa de Elejabeitia, á quien ví anoche...

PROTASIO.

Frecuentas mucho su trato!...

CRISTÓBAL.

Es una excelente señora, y soporta con tal resignacion el abandono en que la tiene su marido... y la soledad á que vive condenada...

PROTASIO.

Pobre duquesa!

CRISTÓBAL.

Víctima de la calumnia!...

PROTASIO.

Si no fuera por tí...

CRISTÓBAL.

Viviria como en un desierto. Pues bien, la duquesa ha concebido el proyecto de fundar para las infelices de su barrio, una casa de maternidad; y como sus rentas, y eso que son crecidas, no dan para tanto, abre una suscricion cuyo producto se destina á tan piadoso objeto. Cuando me habló de este asunto, yo, que aprobé su idea, me comprometí desde luego á secundarla.

PROTASIO.

Cosa muy natural!...

CRISTÓBAL.

Por esta razon, que no por otra!... Si esta señorita quisiera contribuir por su parte...

ELVIRA.

Señor de Acuña, soy huérfana y soy pobre...

CRISTÓBAL.

Tan hermosa y sin familia! Pero... pobre! qué lástima!

ELVIRA.

Toda mi riqueza consiste en esta sortija y en estos pendientes de brillantes que me regaló Leoncia el dia de mi santo. (Se los quita.) El producto que se saque de su venta, constituye mi donativo.

PROTASIO.

No puedo consentir, Elvira... Cristóbal, yo te entregaré en dinero lo que valgan esas joyas.

ELVIRA.

Fuera de usted entonces la limosna y no mia. (Se los entrega á Cristóbal.)

PROTASIO.

Es verdad.

CRISTÓBAL.

Anotaré aquí... (Cristóbal escribe con un lapicero en el álbum.)

ELVIRA.

Elvira de Mendoza y Lara.

PROTASIO.

Fortuna ha sido para la duquesa tropezar contigo en el mundo... Otro más á propósito que tú...

CRISTÓBAL.

Desde niño se manifiestan las inclinaciones del hombre. Tenia yo diez años, y nada me agradaba tanto como ayudar á misa en San Ginés, y á los veinte, á esa edad en que se desarrollan con violencia las pasiones de la juventud, me hice hermano de la Paz y Caridad.

PROTASIO.

Sin embargo, yo recuerdo que pocos dias antes de mi viaje á América...

CRISTÓBAL.

Tenia yo entonces... veinte y dos años...

PROTASIO.

En 1854...

CRISTÓBAL.

Un momento de extravio... Protasio!... El diablo que me tentó!...

PROTASIO.

Y no te sentaba mal el uniforme de artillero de la milicia!...

ESCENA IV.

LEONCIA.—ELVIRA.—PROTASIO.—CRISTÓBAL.

LEONCIA.

Buenos dias, Acuña; adios, hija mia!

CRISTÓBAL.

Tan hermosa y tan galana!

PROTASIO.

Cuidado, Cristóbal!...

CRISTÓBAL.

Lo cortés no quita á lo valiente. La severidad de mis principios religiosos, no se opone á la proverbial cortesanía española.

PROTASIO.

Seguro estoy de que la duquesa no es de tu opinion en punto á cortesanías...

CRISTÓBAL.

La mujer es de suyo intransigente.

PROTASIO.

En ciertas materias sobre todo.

LEONCIA.

Estás descolorida?

ELVIRA.

No me siento buena.

CRISTÓBAL.

Y qué le ha parecido á usted, Leoncia, la nueva lumbrera de la cátedra de san Pedro? De eso hay poco; su oracion de ayer es un modelo. Confieso á usted, que cuando habló de la Magdalena...

PROTASIO.

Y cómo lloraba la duquesa de Elejabeitia!

CRISTÓBAL.

Hecha un mar de lágrimas estuvo todo el tiempo que duró el sermon! Y otras, lo mismo que la duquesa...

PROTASIO.

Con efecto... ¡mucho se lloró! Yo llegué á convencerme de que era un auditorio compuesto de muchas Magdalenas.

CRISTÓBAL

Comimos despues juntos, la duquesa y yo...

LEONCIA.

Hablé con ella un instante al salir de la iglesia...

CRISTÓBAL.

Y de sobremesa...

PROTASIO.

Nació la casa de maternidad?...

CRISTÓBAL.

Justamente.

PROTASIO.

Cuando yo digo que he de verte en el martirológio romano!

CRISTÓBAL.

Tanto como en el martirológio!...

LEONCIA.

Prendida iba la duquesa con notable elegancia y sencillez!

CRISTÓBAL.

Resábios de cuando se agitaba en el torbellino de la sociedad.

LEONCIA.

Y se conserva bien...

CRISTÓBAL.

Sí...

LEONCIA.

La duquesa tendrá...

CRISTÓBAL.

Cuarenta y cuatro años...

PROTASIO.

Cincuenta y dos cumplidos. Ya es hora de que rece y se arrepienta.

CRISTÓBAL.

No piensa más que en Dios! Ha muerto ya para el mundo! Su gabinete es una capilla, su casa un monasterio! Pasar un rato á su

lado es vivir en gracia de Dios! El pobre encuentra siempre de par en par las puertas de su casa; no hay novena á que no asista, ni procesion á que no acuda, ni romeria donde no se la vea! Este album enterará á usted, Leoncia, del objeto de mi visita.

LEONCIA.

Démele usted: vuelvo al instante. Ven, Elvira: tu hermano quiere hablar contigo. No te asustes; nada te dirá...

ELVIRA.

Caballero...

CRISTÓBAL.

Es pobre!... qué lastima!

ESCENA V.

PROTASIO.—CRISTÓBAL.

PROTASIO.

Y qué tal? más tranquilo ya?... más sereno?

CRISTÓBAL.

Á muchas noches así...

PROTASIO.

No tuve yo la culpa... Yo no queria; pero tú te empeñaste...

CRISTÓBAL.

Y no siento el dinero que perdí, sino el haber faltado á mis propósitos.

PROTASIO.

Pues yo, cuando juego, lo que siento es perder; todo lo demas me importa un comino.

CRISTÓBAL.

Lo creo; tú juegas por vicio, y yo no.

PROTASIO.

Qué me dices?...

CRISTÓBAL.

Yo juego... las pocas veces que juego, por compromiso, por debilidad de carácter, por no decir que no á mis amigos.

PROTASIO.

Yo no sabia... pero te doy mi palabra de que en lo sucesivo...

CRISTÓBAL.

A buena hora!... despues del asno muerto!... Qué mes de octubre! Protasio! Qué mes de octubre! Y estamos á veinte! He perdido en estos veinte dias todas mis ganancias de agosto y de setiembre!

PROTASIO.

Que fueron...

CRISTÓBAL.

Mucho ruido...

PROTASIO.

Y muchas nueces!... que se lo pregunten á mi banquero!...

CRISTÓBAL.

Más me valdría no apartarme con tanta frecuencia de la senda que espontáneamente me he trazado.

PROTASIO.

Fragilidades humanas!

CRISTÓBAL.

¡Dios me castiga! Un hombre que pudiera vivir como el pez en el agua!.. sin necesidad de... Á qué hora tendrá lugar esta noche la sesion?

PROTASIO.

Á la de costumbre.

CRISTÓBAL.

Es muy tarde. Mañana domingo y gran fiesta en las Calatravas!

PROTASIO.

No vayas á la fiesta.

CRISTÓBAL.

Eso no: qué se diria?

PROTASIO.

Quién no tiene á mano una disculpa?

CRISTÓBAL.

No, no; lo primero es la tranquilidad de mi conciencia.

PROTASIO.

De tu conciencia? Cristóbal.. Yo respeto y respetaré siempre hasta las preocupaciones religiosas; pero no me he explicado nunca la contradiccion perpétua en que vives tú. De noche los naipes y los dados el vino y las cortesanas; de dia la religion y la caridad, la iglesia y los hospitales. Qué hay de verdad en tu alma? Eres un hipócrita? eres un descreido?

CRISTÓBAL.

No lo sé, pero vivo como otros muchos, que así medran y se encaraman á los primeros destinos de la república? Qué molestia me causa á mí el asistir á las grandes ceremonias de la Iglesia? Ninguna. Para Quijotes basta y sobra con el de Cervantes. Que hay fiesta en el Cármen y en su capilla de santa Rita!.. Venga un cirio. Que sale en público la virgen de la Paloma!... Allá voy yo. De esta manera doy á la sociedad lo que la sociedad me pide: y la sociedad me lo agradece, puesto que me tiene por un austero cenobita. En cuanto á lo demas, Protasio... quita á tus vicios el escándalo, y nadie dirá que los tienes; arroja sobre tus liviandades la hipocresía de la honestidad, y nadie se atreverá á morderte con el diente venenoso de la maledicencia. Hola! Te escandalizas? Qué quieres? Ese es mi sistema; al son que me tocan, bailo. Y, como yo, un enjambre! Con solo que abras los ojos de la razon y tiendas una mirada escudriñadora y fria sobre ese jadeante grupo que tanto se afana por la prosperidad y la gloria de nuestra patria, darás con el origen de ciertas grandezas y con el pedestal en que fundan sus esperanzas ciertas ambiciones.

PROTASIO.

Este es el hombre que Enrique necesita. No me equivoqué cuan-

do supuse... Dirá que sí. De este modo aseguraré el matrimonio de Leoncia y se vincula en mi familia la rica herencia del tio,

CRISTÓBAL. (Sacudiéndole del brazo.)

Protasio!...

PROTASIO.

Cristóbal; ni te censuro, ni te aplaudo; eres mártir del «qué dirán» y te compadezco.

CRISTÓBAL.

No me compadezcas: me vá bien asi.

PROTASIO.

Mejor te iría libre de obligaciones penosas ..... La juventud, Cristóbal, es ardiente; acaricia las ilusiones, mientras vive en la region de la duda y del sentimiento, de la mútua correspondencia y de la recíproca desesperacion. Una mujer, ya entrada en años, por bien que restaure las tintas de su hermosura, no puede ser la Gabriela de Enrique IV, ni la Aspasia de Persedes.

CRISTÓBAL.

Es verdad.

PROTASIO.

Así, pues, me figuro yo que volveria tu corazon á su antigua independencia y tu pensamiento á su primitiva galanura, si una mujer, en la primavera de la vida, tan rica de hacienda, como de encantos...

CRISTÓBAL.

Y dónde hallar eso?

PROTASIO.

Aquí.

CRISTÓBAL.

En tu casa?

PROTASIO.

Al lado de mi hermana.

CRISTÓBAL.

Quién?

PROTASIO.

Elvira.

CRISTÓBAL.

Elvira? Si me ha dicho que es pobre!...

PROTASIO,

Diez mil duros de renta.

CRISTÓBAL.

Quién se los dá?

PROTASIO.

Para qué quieres saberlo?

CRISTÓBAL.

En tierras de pan llevar, ó en títulos del tres por ciento?

PROTASIO.

Sí ó no?

CRISTÓBAL.

Tanta prisa corre?

PROTASIO.

No quiero que pierdas la ocasion.

CRISTÓBAL.

Al contado...

PROTASIO.

Se entiende.

CRISTÓBAL.

Y Elvira dirá que sí?

PROTASIO.

Por supuesto.

CRISTÓBAL,

Qué tendrá el agua cuando de este modo la bendicen?

PROTASIO.

Pronto.

CRISTÓBAL.

Negocio concluido.

PROTASIO.

Palabra?

CRISTÓBAL.

Y mano.

PROTASIO.

Esta noche, aquí.

CRISTÓBAL.

Á qué hora?

PROTASIO.

Á las diez.

CRISTÓBAL.

Imposible.

PROTASIO.

Por qué razon?

CRISTÓBAL.

La duquesa...

PROTASIO.

Despídete de ella más temprano.

CRISTÓBAL.

Saltaria sobre mí como una culebra.

PROTASIO.

Rezará el rosario á las diez!... Eh?

CRISTÓBAL.

Ay! Protasio! Á esa hora no rezamos.

PROTASIO.

Ánimo, Cristóbal.

CRISTÓBAL.

Mira que lo arriesgo todo.

PROTASIO.

Yo te respondo del buen éxito de la empresa.

CRISTÓBAL.

Quiera Dios!

PROTASIO.

Leoncia...

CRISTÓBAL.

Vendré á las diez en punto.

ESCENA VI.

LEONCIA.—PROTASIO.—CRISTÓBAL.

LEONCIA.

Devuelvo á usted su álbum. (Entrega el álbum á Cristóbal.)

CRISTÓBAL. (Leyendo.)

«Doce camas de hierro y veinte y cuatro colchones, otras tantas almohadas y cuarenta y ocho sábanas de hilo.» Falta aquí su nombre de usted.

LEONCIA.

Para qué? Lo esencial es el donativo.

CRISTÓBAL.

Gracias, Leoncia, en nombre de la caridad. ¿Y tú, Protasio?

PROTASIO.

Hombre!... Yo?...

CRISTÓBAL.

Tú.

PROTASIO.

Vaya! Toma un billete de doscientos reales. (Lo saca de la cartera y se lo dá sin examinarle.)

CRISTÓBAL. (Desdoblándole.)

Es de cuatro mil.

PROTASIO.

Venga.

LEONCIA.

Eso no.

CRISTÓBAL.

Leoncia, á los piés de usted.

LEONCIA.

Adios, Acuña...

PROTASIO. (Toma su sombrero y su gaban.)

Me iré con él.

LEONCIA.

Vendrás á comer?

PROTASIO.

Sí. Un billete de cuatro mil reales!... Las deudas de juego son sagradas. (En voz baja á Cristóbal.) A las veinte y cuatro horas!...

CRISTÓBAL.

Te pagaré esta noche: pierde cuidado.

PROTASIO.

Hasta luego.

ESCENA VII.

LEONCIA.

Vamos á cuentas, Leoncia; que si son de madre tus deberes, tambien es grande tu sacrificio. Amo yo á Enrique? Sí; con toda mi alma! Lo prueban mis lágrimas y la vergüenza que me dá su indisculpable villania. Si yo me caso con él, se trocará en ódio la ternura de Elvira, y el grito de su deshonra se convertiria en grito de mi conciencia, porque yo soy su madre; porque no ha tenido ni tiene más madre que yo! Si no me caso con Enrique, renuncio á quintas y á pala-

cios, á trenes y á saraos, á viajes y á festines, á su cariño y á su respeto, á todo lo que lisonjea la vanidad de la mujer querida! Oh! mucho es! Y á mi edad! Cuando está para desaparecer de mis mejillas la frescura de la juventud!.. Cuando ya no clavan mis ojos la atrevida y violenta mirada de los veinte años!... Cuando yo no abrasa mi mente el sol hermoso de las ilusiones, sino que me alumbra esa antorcha fria de la razon! Cuando dentro de poco, mis cabellos... hoy negros y lustrosos, y mis labios de púrpura todavia, y mi frente hoy tersa y sin arrugas!... Haber vivido siempre en la oscuridad y en el retiro! No haber reinado nunca! Caerme un cetro entre las manos y tener yo misma que romperle y que tirarle!... Oh! mucho es! mucho es! Enrique..

ESCENA VIII.

LEONCIA.—ENRIQUE.

ENRIQUE.

Me doy el parabien de encontrarte sola. Ya era tiempo: desde ayer no he podido hablarte. He comprado, á riesgo de que no te agraden, las vistas de las bodas, y he dispuesto...

LEONCIA.

Qué?

ENRIQUE.

He dispuesto casarme en la noche del sábado.

LEONCIA.

Con quién?

ENRIQUE.

Contigo.

LEONCIA.

Conmigo?

ENRIQUE.

Ese tono, Leoncia...

LEONCIA.

Es el que me conviene.

ENRIQUE.

Y el que me autoriza á preguntarte el orígen de tan desdeñosa indiferencia. Mis locuras de mancebo no son un misterio para nadie, y mucho menos para tí. Voluntarioso y altivo, desenfrenado y voluble, he recorrido la escala de los desórdenes sin cubrirlos nunca con mentidas apariencias de virtud; pero tanto sobre alfombras blasonadas, como sobre tapices infamados, fué siempre Enrique Martin de Luna un cumplido caballero.

LEONCIA.

Hay dias en que el capricho ciega y alucina la costumbre; momentos de extravío en que la sinceridad es juguete de la audacia y víctima la inexperiencia de la astucia. Y creo yo, Enrique, aqui en la pobreza de mi ingenio y en la rectitud de mi conciencia, que no es de instintos generosos, ni de sangre muy hidalga, quien deshonra á una familia.

ENRIQUE.

Leoncia!

LEONCIA.

Enrique Martin de Luna, el ratero de las calles y las plazas y el bandido del bosque y de las sierras, son dos fantasmas pavorosos á quienes sujeta al fin la mano del cuadrillero y castiga el fallo del magistrado; el uno se abre con su ganzúa las puertas del presidio; el otro se labra con su puñal los escalones del cadalso; califica al primero la sociedad de ladron y guarda para el segundo el dictado de asesino; y eso es justicia y eso es ley! Ahora bien, Enrique; cómo llamar al hombre que, siendo bien nacido, penetra en el hogar de una familia, y á fuerza de mentiras y de amaños le roba el solo bien que sus padres le dejaron? El tesoro de su honra? Cómo llamarle, Enrique?

ENRIQUE.

No parece, Leoncia, sino que has vivido metida en un convento. ¿Es cosa nueva por ventura en la historia en la humanidad esa man-

cha misteriosa que ninguno vé, pero que todos sienten, y que tan pronto ensucia el escudo de armas de un castillo, como las honradas tradiciones de una choza? De cuándo acá son obstáculo á un matrimonio vínculos ya olvidados que se rompieron con igual facilidad que se estrecharon?

LEONCIA.

No se trata aquí de ninguna de esas mujeres heridas en su fama por el dardo de la pública opinion. ¿Qué importan, ni á la razon, ni al sentimiento, esos cadáveres morales que se rebullen galvanizados por el desenfreno? Se trata, Enrique, de una infeliz criatura seducida primero y abandonada más tarde.

ENRIQUE.

De quién?

LEONCIA.

De Elvira.

ENRIQUE.

De Elvira? No creas, Leoncia, en las costumbres patriarcales de la provincia.

LEONCIA

Pero creo en la inexperiencia de la edad y en el extravío de la pasion.

ENRIQUE.

Á diez y ocho años se conoce el peligro.

LEONCIA.

Enrique!

ENRIQUE.

Y me dá risa, Leoncia, el calor con que defiendes la causa de ese infortunio.

LEONCIA.

Qué madre no sostiene los derechos de su hija?

ENRIQUE. (Riéndose.)

Tú, su madre, Leoncia?

LEONCIA.

Su madre, sí.

ENRIQUE. (Riéndose.)

Tú su madre?

LEONCIA.

Enrique!... La naturaleza me negó ese título, pero en cambio me le dió la bendicion de un sacerdote en la pila bautismal.

ENRIQUE.

Leoncia!...

LEONCIA.

Hé aquí al digno caballero, al don Juan de nuestros salones, al apuesto doncel que vá de corazon en corazon, como de flor en flor la mariposa! Qué vale este hombre? Menos que un andrajoso. Qué ha hecho? Lo que un ratero en las calles, lo que un bandido en las sierras. Quién es? Un miserable... un canalla... (Enrique levanta la cabeza con altivez: Leoncia le mira con arrogancia: Enrique fija los ojos en tierra.) Que no le vieran aquí tantas desdichadas como entregaron, en mal hora, á sus caricias las gracias de su hermosura! El galan voluntarioso y altivo, desenfrenado y voluble, aquel que brilla en la córte, monarca de la orgía y baratero del estrado, no se atreve á arrostar la mirada de una mujer de bien.

ENRIQUE.

Leoncia, tienes razon; pero es el mal irremediable.

LEONCIA.

Irremediable, Enrique?

ENRIQUE.

Yo no me siento con fuerzas para sacrificar á una obligacion dudosa el único amor honrado que he sentido en mi corazon. Todo, menos renunciar á tí, porque eres tú la sola mujer que de veras he querido. Aseguremos el porvenir de Elvira: viva opulenta lejos de este pais...

LEONCIA.

Ni un arranque generoso!.. Ni un pensamiento noble! Es natural! Cuna de oro fué tu primer lecho; salido apenas del áula, corriste á

aumentar el número de los descreidos de veinte años, que cifran su bienestar en el deleite de los sentidos; has viajado por Europa; tiras las armas con destreza; manejas cuatro ó seis caballos metido en una cesta de mimbres; vive tu sastre en Inglaterra, y tu zapatero en Francia; te arrulla el cantar de tus mancebas y te despierta la adulacion de tus parásitos... ¿qué importancia puede tener á tus ojos la desgracia de esa pobre niña que se fió de tus juramentos? Enrique! Enrique! No tienes nada aquí!

ENRIQUE.

Leoncia, mi paciencia ha llegado á su término. Ni admito reflexiones, ni me agradan los consejos.

LEONCIA.

Es decir, que te fatigan mis palabras!... que no quieres oir á la sola mujer que de veras has amado!... que para tí, la reparacion es un absurdo y la desgracia una mercancía que se paga con dinero!... Es decir, Enrique Martin de Luna, que te importa poco mi desprecio!... (Señalando á la puerta.) Por allí...

ENRIQUE.

Leoncia!

LEONCIA.

Soy dueña de mi casa... Por allí.

(Enrique se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

LEONCIA.—Poco despues, ÁLVARO.

ÁLVARO. (Acercándose lentamente al sillon en que se ha dejado caer Leoncia.)

Nada más que un dia!

LEONCIA.

Matéle usted. (Levantándose y marchándose por la puerta que guia á su habitacion.)

ÁLVARO. (Sale precipitadamente por la puerta del foro.)

Justicia de Dios!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIA, escribiendo.—ELVIRA y PROTASIO á la derecha en primer término.

PROTASIO. (A Elvira.)

Pero, qué ha pasado?

ELVIRA.

No lo sé.

PROTASIO.

Pues algo ha sucedido. La agitacion de Leoncia, su profundo abatimiento... Hemos comido los tres solos! Ni Álvaro! ni Enrique!...

LEONCIA. (Aparte.)

Me quiere mucho!...

PROTASIO. (A Elvira.)

Ninguno de los dos!... Ni á tomar el café!

ELVÍRA.

Mi hermano se separó de mí á eso de las cuatro.

PROTASIO.

Enrique tuvo á la misma hora, minutos más ó menos, una entrevista con Leoncia, segun me ha dicho Bernarda...

LEONCIA.

Leeré!... Por última vez!... la carta que me ha escrito. (Lee.) «Perdóname, Leoncia; duéleme en el alma lo ocurrido; pero ni tu »indignacion ni tu desprecio lograrán que yo te olvide. No se renun»cia con facilidad á un porvenir lisonjero; de tí me acordaré mien»tras viva; porque has sido siempre tú la mejor de mis ilusiones, »la más dulce de mis esperanzas. Iré esta noche á despedirme de tí. »El tiempo y una larga ausencia... Enrique.»

PROTASIO.

Cristóbal es de una excelente y muy noble familia de Extremadura, algo reñido, es verdad, con las extravagancias de la moda y las locuras del mundo; pero tiene un buen fondo y se ha prendado de usted con la violencia de un beato.

LEONCIA.

Esta es mi contestacion á su carta. Se la enviaré? se la entregaré yo misma cuando venga, si es que viene?

ELVIRA.

Mujer pobre es una carga... Quiere usted mal á su amigo, cuando se empeña en que sea yo...

PROTASIO.

Él es rico... de virtudes tanto como de hacienda. Y me ha dicho á mí, en confianza, se entiende, porque de otra manera...

ELVIRA.

Haré un último esfuerzo en favor de aquella desgraciada criatura! Se la entregaré yo misma. (Se levanta guardándose la carta en el bolsillo, y se dirige á donde está Elvira y Protasio.) Qué entretenida estás!...

ELVIRA.

El buen humor de tu hermano!... Siempre decidor y chancero...

PROTASIO.

Hablaba con Elvira de un asunto importantísimo.

ELVIRA.

Quiere casarme con un don Cristóbal de Acuña...

LEONCIA.

Elvira, han dado las nueve, y es hora ya de que te adornes y engalanes...

ELVIRA.

Para qué?

LEONCIA.

Cuando yo te lo digo!...

ELVIRA.

Obedezco. Qué puedo yo negarte!...

ESCENA II.

PROTASIO.—LEONCIA.

PROTASIO.

Pues como dije antes... hablaba con Elvira de un asunto importantísimo para ella.

LEONCIA.

Qué proyecto de matrimonio es ese?

PROTASIO.

Un proyecto concebido por mí....

LEONCIA.

Por tí?

PROTASIO.

Sí; por mí.

LEONCIA.

Te has metido á casamentero?

PROTASIO.

Precisamente á casamentero, no; pero me alegraria de que Elvira encontrase un buen marido. Quiero bien á su hermano...

LEONCIA.

Y es don Cristóbal de Acuña el candidato?

PROTASIO.

Cristóbal la vió esta mañana por la primera vez de su vida y le llamó tanto la atencion por su candor y su hermosura...

LEONCIA.

Elvira es pobre y Acuña no es rico, que yo sepa...

PROTASIO.

Es verdad: pero como por una parte eres tú su madrina y vas á ser millonaria, y por otra Enrique se pasa de generoso...

LEONCIA.

Ya!...

PROTASIO.

Te parece mal la idea?

LEONCIA.

No. Y lo sabe Enrique?

PROTASIO.

Ya lo creo!... Si lo he consultado con él!

LEONCIA.

Cuándo?

PROTASIO.

Ayer mismo.

LEONCIA.

Y nada expuso en contrario?

PROTASIO.

Nada.

LEONCIA.

Elvira sin embargo, ha dicho que no...

PROTASIO.

Pero como digas tú que sí...

LEONCIA.

Casarla contra su voluntad...

PROTASIO.

Pero si la mujer no tiene otra carrera! Y luego... Cristóbal es un buen partido para una huérfana. Está relacionado con lo mejor de la córte. Se le considera y se le estima, porque es muy cristiano y dá á Díos lo que es de Dios, y al César lo que es del César Frecuenta la sociedad más escogida y tiene la encomienda de Cárlos III. A su padre le faltó poco para santo, y recuerdo ahora que su madre murió reclusa en un convento.

LEONCIA.

Y aprobará este enlace su nueva protectora la duquesa de Elejabeitia?

PROTASIO.

Por qué no?

LEONCIA.

Lo dudo.

PROTASIO.

Y qué motivo?

LEONCIA.

Es de carácter irascible la duquesa, y acostumbrada á que Cristóbal le consagre todas las horas del dia...

PROTASIO.

En eso hay exageracion.

LEONCIA.

No mucha.

PROTASIO.

Una prueba de ello es, que Cristóbal me ha dado palabra de venir, y seguro estoy de que no faltará á ella.

LEONCIA.

Podrá ser que yo me equivoque.

PROTASIO.

Las mujeres! las mujeres! Todas por el mismo estilo! Maliciosas y punzantes!

LEONCIA.

Y los hombres! Todos iguales! Presumiendo siempre de listos, y picando el anzuelo en cuanto se les presenta.

PROTASIO.

Qué feliz seria yo si se verificasen las dos bodas en un mismo dia!

LEONCIA.

Y por qué no en esta misma noche?

PROTASIO.

Si así sucediera! Yo soy el padrino de la tuya; pues te prometo serlo tambien de la de Elvira.

LEONCIA.

Corriente.

PROTASIO.

Con una condicion.

LEONCIA.

Cuál?

PROTASIO.

Exijo de tí...

LEONCIA.

Habla.

PROTASIO.

Que aconsejes bien á Elvira. Píntala el porvenir con sombrios colores; díle que si se queda para vestir imágenes..,

LEONCIA.

Así lo haré.

PROTASIO.

Gracias, hermanita, gracias...

LEONCIA.

Ay, Protasio!

PROTASIO.

Con que te ha parecido bien?

BERNARDA. (Entrando.)

Don Cristóbal de Acuña...

PROTASIO.

Lo ves?

LEONCIA.

Sí, sí... ya veo!...

PROTASIO.

Ni Metternich, ni Gorchakoff!...

LEONCIA.

Es un bendito!

ESCENA III.

LEONCIA.—PROTASIO.—CRISTÓBAL, de frac negro y corbata blanca.—BERNARDA, en el fondo.

CRISTÓBAL.

Leoncia... (Saludando.) Adios, Protasio...

PROTASIO.

Él te guarde, Cristóbal.

CRISTÓBAL.

Ya ves que he cumplido mi palabra.

PROTASIO.

De dónde tan acicalado y compuesto?

CRISTÓBAL.

De la embajada! Comida semi-oficial! Unos cuantos índividuos del cuerpo diplomático, no todos; tres ó cuatro ministros de la co-

rona... no he fijado la atencion en quiénes eran.... ocho ó diez entre senadores y diputados, de la mayoría se entiende, y el nuncio de su Santidad.

PROTASIO.

Y qué tal?

CRISTÓBAL.

Lo de siempre. Se ha hablado mucho...

PROTASIO.

Y se ha dicho poco,

CRISTÓBAL.

Sin embargo, parece que con motivo de la insurreccion de Polonia, se cruza entre los gabinetes de Lóndres y de Paris una activa correspondencia. La Europa culta no debe consentir!... Sin la diplomacia, qué fuera de los polacos!

LEONCIA.

Pobres!

PROTASIO. (Aparte.)

Será este Cristóbal?

CRISTÓBAL. (Con gran misterio.)

Y lo que es más glorioso aún para nuestros previsores hombres de Estado!...

PROTASIO.

Qué?

CRISTÓBAL.

Méjico ha preferido la monarquía á la república, y proclamado rey... al archiduque.

LEONCIA.

El archiduque! rey de Méjico?

PROTASIO.

Allá reposan las cenizas de Hernan-Cortés!...

LEONCIA.

No extrañaria yo que al sentir el vuelo de las águilas imperiales,

se escapáran de su sepulcro y ellas solas se volvieran, cubiertas de rubor, á nuestra pátria!

CRISTÓBAL.

El banquete acabó á las diez, hóra en que tuve yo por conveniente...

LEONCIA.

Diré á Elvira... (En voz baja á Protasio.) Yo creo que la ocasion es oportuna... (Un ligero saludo con la cabeza á Cristóbal.) Bernarda...

BERNARDA.

Voy.

LEONCIA. (Dirigiéndose á su habitacion.)

Y don Martin?

BERNARDA.

El señor escribano?

LEONCIA.

Sí.

BERNARDA.

No tardará.

ESCENA IV.

CRISTÓBAL.—PROTASIO.

PROTASIO.

Cristóbal, estás seguro de que eres tú Cristóbal?

CRISTÓBAL.

(Saca una cartera y de ella un paquetito de billetes de banco que entrega á Protasio.)

Toma cuarenta mil reales; cuéntalos.

PROTASIO.

Eres Cristóbal.

CRISTÓBAL.

Á pocas de estas me quedo como el gallo de Moron!

PROTASIO.

Tú comiendo en la embajada? Tú en corro con magnates? Tú en cariñoso diálogo con el nuncio? De cuando acá se permite el humilde siervo de Maria esos humos de vanidad mundana?

CRISTÓBAL.

La ropa.

PROTASIO.

Cómo la ropa?

CRISTÓBAL.

La ropa habla y recomienda al individuo: es una apariencia social que así penetra en el camarin de una dama, como en el despacho de un ministro. El arapo es la mendicidad; el gaban raido la pobreza. Lejos, lejos de aquí! Eso no es ropa, eso es miseria. Qué querias? Que me presentase esta noche, vestido á lo mojigato, con mi larga levita negra y mi chaleco oscuro y mi corbata de tafetan de Talavera? Qué disparate! La buena ropa en este siglo, es crédito, es ciencia, es probidad, es razon, es virtud; y si á la buena ropa se agrega el caballo que se monta y el carruaje que se guia y el título que se lleva y el cigarro que se fuma, la ropa es entonces gerarquia, diputacion, gobierno. No hay más que dos caminos: la riqueza ó la hipocresia. De una manera ó de otra yo he de lograr lo que busco. Mi encomienda de Carlos III podrá ser esta noche mi puerto de salvacion. Habia de hablar á Leoncia de la novena de san José, ni del rosario de san Millan? Todo lo contrario; improvisé un banquete diplomático, me dí aires de personaje, y merced á tan hábil estratagema... Qué estás mirando?

PROTASIO.

La placa.

CRISTÓBAL.

Es de brillantes; la compré el dia diez y nueve de Junio.

PROTASIO.

San Protasio. Mi santo se portó ese dia! Y la duquesa?...

CRISTÓBAL.

Para qué me la recuerdas?

PROTASIO.

No ha sospechado al verte asi?..

CRISTÓBAL.

No me ha visto nunca, ni me verá, sino con mi larga levita negra y mi chaleco oscuro y mi corbata de tafetan de Talavera. Si para mí la duquesa es el Refugio! Al despedirme de ella, puse en sus aristocráticas manos el primer tomo de los escritos de santa Teresa, y allí se queda acurrucada en su jaula...

PROTASIO.

Como el tigre...

CRISTÓBAL.

Se dormirá.

PROTASIO.

Leyendo á santa Teresa?

CRISTÓBAL.

Y mi asunto?

PROTASIO.

En vias de arreglo.

CRISTÓBAL.

Doscientos mil vellon de renta?

PROTASIO.

Sí, hombre, sí... Saldrás de tutela...

CRISTÓBAL.

Ay! créeme, Protasio; Cristóbal, rey, no se hubiera casado con madama de Mainteñon, dueña quintañona.

PROTASIO.

Si la duquesa de Elejaveitia fuera viuda, ya estarias casado con ella.

CRISTÓBAL.

Tambien es verdad; yo soy franco.

ESCENA V.

PROTASIO.—CRISTÓBAL.—ENRIQUE.

PROTASIO.

Gracias á Dios!

ENRIQUE.

Buenas noches.

CRISTÓBAL.

Mal humor, eh?

ENRIQUE.

Sí.

PROTASIO.

Dónde has comido?

ENRIQUE.

Qué sé yo...

CRISTÓBAL.

Cargada viene la nube.

PROTASIO. (En voz baja á Enrique.)

(Elvira se casa.)

ENRIQUE.

(Con quién?)

PROTASIO.

(Con Cristóbal. Mírale.)

ENRIQUE.

(Será posible? Leoncia...)

PROTASIO.

(Aprueba el matrimonio.)

ENRIQUE.

Protasio mio! Mi querido Cristóbal...

CRISTÓBAL.

(Qué le habrá dicho?)

PROTASIO.

Cien mil duros te cuesta.

ENRIQUE.

La herencia dá para eso y mucho más.

PROTASIO.

Qué seria de tí sin mí?

ENRIQUE.

Recibe mi parabien, Cristóbal...

CRISTÓBAL.

Gracias. (Qué risita!)

PROTASIO.

Hombre más afortunado!

ENRIQUE.

Has nacido de pié.

CRISTÓBAL.

(Me voy escamando!...)

PROTASIO.

De la mañana á la noche, capitalista ó propietario; á tu eleccion.

CRISTÓBAL.

(Qué tendrá el agua, cuando de este modo la bendicen?)

ESCENA VI.

PROTASIO.—ENRIQUE.—CRISTOBAL.—ÁLVARO.

ÁLVARO.

Señores...

PROTASIO Y CRISTÓBAL.

Álvaro... (Álvaro se dirige á Enrique.)

ÁLVARO.

He buscado á usted inútilmente por las calles y las plazas, en los teatros y en los cafés. Es preciso, indispensable, que esta noche, que mañana á más tardar...

ENRIQUE.

Las circunstancias han variado...

ÁLVARO. (Con furor reconcentrado.)

Enrique!...

ENRIQUE.

Entiéndase usted con Protasio.

(Álvaro se acerca á Protasio: conversacion animada entre los dos.)

CRISTÓBAL.

Me parece que la presencia de Álvaro!... Sí, no me equivoco; ya tiene el cuadro diferente colorido...

PROTASIO. (Á Álvaro.)

Nada se pierde con hablar...

ÁLVARO.

Se pierde el tiempo...

PROTASIO.

Pero un duelo es una campanada...

ÁLVARO.

Á muerte.

PROTASIO.

Sea. Y con quién he de entenderme para el arreglo de las demas condiciones?...

ÁLVARO.

Con quién?... (Vé á Cristóbal y se vá derecho á él: Protasio habla con Enrique.) Acuña, tendrá usted algun inconveniente de servirme de padrino?

CRISTÓBAL.

Se casa usted?

ÁLVARO.

No señor; se trata de un duelo y de un duelo á muerte.

CRISTÓBAL.

Canario!

ÁLVARO.

Pronto.

CRISTÓBAL.

Mis costumbres... la caridad cristiana... el espíritu del Evangelio...

ÁLVARO.

Sí ó no?

CRISTÓBAL

Cuente usted conmigo. (Aparte.) Si precederá á mis bodas un entierro?

ÁLVARO.

Gracias... Protasio...

PROTASIO.

Qué?...

ÁLVARO.

El señor don Cristóbal de Acuña...

CRISTÓBAL.

Escándalo semejante! Qué van á decir de mí las gentes timoratas!

PROTASIO.

Mañana, ya podrás reirte de sus censuras.

ÁLVARO.

Hermana mia!... (Elvira elegantemente prendida en la puerta del fondo. Leoncia detrás.)

PROTASIO.

Silencio... ni una palabra que haga sospechar...

CRISTÓBAL.

Entiendo. Pobre duquesa! Ha muerto!

ESCENA VII.

LEONCIA.—ELVIRA.—PROTASIO.—ÁLVARO.—CRISTÓBAL. ENRIQUE.

(Protasio y Cristóbal forman á la izquierda un grupo con Elvira: Enrique solo, en primer, término á la derecha tambien, pero en último término. Álvaro que tiene fija su mirada en Leoncia, está en el fondo, con una carta en la mano y los ojos clavados en Enrique. Leoncia no se mueve del sitio que ocupa, hasta que termina el diálogo entre Protasio, Elvira y Cristóbal.

PROTASIO.

Niña más graciosa! Será usted en breve la reina de la hermosura y de la moda!

ELVIRA.

Protasio!

CRISTÓBAL.

Lindísimo adorno!

ELVIRA.

Capricho de Leoncia.

CRISTÓBAL. (Á Protasio.)

Oye.

PROTASIO.

Qué quieres?

CRISTÓBAL.

No trae pendientes, ni pulseras, ni sortijas, ni collar... Tan desnuda de alhajas me la entregais, que casi, casi...

PROTASIO.

Y el dote?...

LEONCIA. (Dándole una carta.)

Enrique... Esta es la contestacion que doy á tu carta.

ENRIQUE.

Leoncia mia!

LEONCIA.

Léela.

ENRIQUE.

Yo? nunca.

LEONCIA.

No?

ENRIQUE.

No.

LEONCIA. (Leyendo.)

Oye, pues. «Enrique, olvídame; te vuelvo palabra y juramento. »Si algun dia, ofuscado por un sentimiento de amor hondamente »grabado en mi pecho, tuve por locuras de la edad tus extravíos, »una experiencia dolorosa me obliga hoy á considerarlos de otro »modo. Se puede aborrecer á un hombre y estimarle, pero no se »puede querer á un hombre, cuando en el fondo del corazon no se »le estima. Yo no sé si la sociedad premia con su aplauso, ó casti- »ga con su desprecio á quien olvida juramentos que ha hecho más »sagrados la flaqueza de una mujer; pero sé que quien tal haga, no »encontrará perdon, ni olvido en mi conciencia. Ay, Enrique! cor- »tesanas te rodean acostumbradas á oir de tu boca, sin contrade- »cirlas, palabras cariñosas hoy, impertinentes mañana, descreidas »siempre; amigos tienes que te estimulan con su ejemplo ó te ador- »mecen con sus lisonjas en tan peligroso camino, porque son tus »riquezas á sus ojos un sol que los deslumbra, ó una divinidad en »que idolatran. Si, lo que Dios no quiera, llega para tí la hora de la »pobreza, en ese momento horrible de la vida te verás solo, sin

»amor que te acaricie, sin amistad que te socorra, con el espectro »de tu pasado en frente. Mentiría, si te dijera que trazo estos ren- »glones sin pena y sin angustia; no: mojados van con mis lágrimas; »últimas que derramo sobre el cadáver de mi amor. Sé feliz, Enri- »que, y vuelve en tí. Enrique, olvídame.»

La que fué tuya, Leoncia.

ESCENA VIII.

LEONCIA.—ELVIRA.—ÁLVARO.—CRISTÓBAL.—PROTASIO.—BERNARDA.

BERNARDA.

El señor escribano.

LEONCIA.

Que pase al momento.

ESCENA IX.

LEONCIA.—ELVIRA.—ÁLVARO.—CRISTÓBAL.—PROTASIO.—EL ESCRIBANO.

LEONCIA.

Una sorpresa!... un capricho. He querido casarme sin estrépito, ni ostentacion. Mi padrino, mi hermano; mi madrina, Elvira. (Aparece el escribano.) Ha hecho usted lo que le dije?

ESCRIBANO.

Sí, señora, todo está aquí; el testamento del tio, y el contrato de matrimonio. Ha hecho usted una buena eleccion. Doy á usted mi enhorabuena.

LEONCIA.

Gracias.... Déme usted. (El escribano se sienta junto al velador y coloca sobre él los contratos y el testamento.)

ESCRIBANO.

El testamento? Este es.

LEONCIA.

Toma, Enrique; la herencia es tuya.

ENRIQUE.

Leoncia!...

LEONCIA.

Lea usted, don Martin.

ESCRIBANO.

Un contrato matrimonial en toda regla; considero molesta su lectura; no falta más que la firma de los novios. Doña Leoncia Perez...

LEONCIA.

La pluma... (Toma la pluma y firma.)

ESCRIBANO.

Don Álvaro de Mendoza y Lara.

ÁLVARO.

Dios mio!

ENRIQUE.

Leoncia! (Leoncia va derecha á Alvaro y le entrega la pluma para que firme; Alvaro firma.)

ELVIRA.

Hermana mia!

LEONCIA.

Tu hermana, no. Tu madre!

ENRIQUE.

Ha terminado el acto, Leoncia?

LEONCIA.

Todavía no.

ESCRIBANO.

Segundo contrato matrimonial, en debida forma como el prime-

mero; tambien omito por molesta su lectura; no falta más que la firma de los novios.

PROTASIO.

Aquí entras tú.

CRISTÓBAL.

No se habrá olvidado lo del dote... eh?

ESCRIBANO.

Doña Elvira de Mendoza y Lara.

ELVIRA.

Yo? Leoncia!

LEONCIA.

Obedece á tu madre, que así lo ha dispuesto, y firma. (Elvira firma: Leoncia toma la pluma con que ha firmado.)

ESCRIBANO.

Don Enrique Martin de Luna.

ENRIQUE.

Yo? (Leoncia se coloca al lado de Enrique.)

LEONCIA. (En voz baja.)

Firma, Enrique. (Presentándole la pluma.)

ENRIQUE.

No.

LEONCIA.

Firma, Enrique.

ENRIQUE.

No.

LEONCIA.

Enrique, en cuanto nace un niño, llora y abre los ojos. Su primera mirada vaga inquieta y no se fija en ningun punto: su primer llanto resuena en las entrañas de la madre. Y sabes tú lo que significa ese misterio de la humanidad? Yo te lo diré: los ojos del niño buscan la luz de la religion que le ha de llevar al cielo; el llanto del

niño pide la mano de un padre que le sirva de apoyo en su peregrinacion por la tierra.

ENRIQUE. (Toma la pluma, corre á la mesa en que está el escribano y firma. Estrecha despues y besa las manos de Elvira.)

CRISTÓBAL.

Protasio!

PROTASIO.

Cristóbal!

ESCRIBANO. (Levantándose.)

Negocio concluido... Si ustedes no me mandan otra cosa...

ESCENA X.

LEONCIA.—ELVIRA.—PROTASIO.—CRISTÓBAL.—ENRIQUE. ÁLVARO.—El ESCRIBANO.—BERNARDA.

BERNARDA.

Al señor don Cristóbal de Acuña espera abajo en su coche la señora duquesa de Elejabeitia.

CRISTÓBAL.

Jesús!... A mí me vá á dar algo!... siento un frio...

LEONCIA.

Si quiere honrarnos con su presencia la señora duquesa...

CRISTÓBAL. (Hace una reverencia general.)

No, no... para qué?... En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!

ESCRIBANO.

Bajaremos juntos.

CRISTÓBAL.

Bajemos.

PROTASIO.

Pobre Cristóbal! Buen rato le espera!

ESCENA XI.

LEONCIA.—ÁLVARO.—ELVIRA.—ENRIQUE.—PROTASIO.
BERNARDA.

ELVIRA.

Eres un ángel, Leoncia! (Todos la rodean.)

LEONCIA. (Procurando con la risa disimular sus lágrimas.)

Yo!... un ángel? qué tontería! Soy, todo lo más, una pobre mujer, segura de haber encontrado la felicidad! (Dando la mano á Álvaro que se la besa con efusion.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, mi dictámen es que su representacion no debe ser autorizada.—Madrid 24 de setiembre de 1863. —El censor de teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

Habiéndose mandado por real órden de 9 de octubre que se reformasen los conceptos y palabras que el jurado indicó, el autor ha hecho la siguiente correccion; acto 3.°, escena 4.ª hoja 2.ª vuelta, donde dice Protasio: «llegué á convencerme de que era un auditorio compuesto de Magdalenas» se ha añadido *varias*, resultando la frase: «Compuesto de varias Magdalenas.» Se suprimen los párrafos de la hoja 3.ª escena 4.ª, que comienzan: «Obediente al precepto de los doctores» y concluye: «Juan Jacobo.» Acto 3.° en la escena 5.ª, hoja 3.ª vuelta, se ha suprimido el párrafo que comienza *Quien es aquel*, y concluye, *beso el anillo*. Y por tanto queda autorizada la representacion de esta obra con las antedichas correcciones. El subsecretario, CUENCA.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. 8
*La voluntad de la niña, id. en un acto. 4
*Á partir con el diablo. 8

ALVERÁ DELGRÁS (A.)

Tesoro métrico, cotejo general de todas las pesas, medidas y monedas antiguas y modernas de España, Francia, Inglaterra, Portugal y posesiones españolas de Ultramar, y equivalencia de cualquiera número de unidades de las medidas antiguas convertidas al nuevo sistema métrico decimal.—GRAN CUADRO MURAL, aprobado por el Real Consejo de Instruccion pública, premiado por la Direccion general y recomendada su adquisicion por el ministerio de Fomento á todos los demas ministerios, para que estos lo hagan á sus respectivas dependencias, en real órden de 7 de mayo de 1859. Obra utilísima á todos los ayuntamientos, dependencias del Estado, establecimientos públicos y á todo el comercio en general. Su precio en Madrid. 20
En provincias. 24

Compendio de paleografía española, ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España desde los tiempos más remotos hnsta fines del siglo XVIII, ilustrada con 32 láminas en fólio, ordenadas tambien por separado en cuatro grandes cuadros murales. Obra utilísima á cuantos se dediquen á las carreras del profesorado; de diplomática ó del notariado; indispensable á los jueces, escribanos, revisores de letras, archiveros, anticuarios, etc.: escrita espresamente con arreglo al programa aprobado para el curso especial de esta asignatura en la escuela normal central, y para que sirva de testo en todas las escuelas de la Península. Su precio en Madrid. 40
En provincias. 48
Y lo mismo los cuadros.

Biblia de los niños, epítome de la historia del Antiguo Testamento, desde la creacion del mundo hasta los reyes de Israel, y lecciones sencillas de moral, sacadas de la misma Escritura. Examinada y aprobada por la Vicaría eclesiástica de esta córte, y premiada con indulgencias por los Excmos. señores Cardenal Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias; señalada por el gobierno de S. M. de testo para las es-

cuelas como libro de lectura, religion y moral. Su precio en Madrid, en rústica. 4
En carton, 38 cuartos.

Nuevo caton, religioso, moral, político y civil para aprender y enseñar á leer el idioma español: adoptado por testo en la escuela normal central. Su precio en Madrid. 4

Cuadernos autografiados, para aprender y enseñar á escribir cursiva con velocidad y ortografía, y á leer correctamente la letra manuscrita, cuatro cuadernos, el 1.º y 4.º. 4
Y el 2.º y 3.º á 2 y 1/2.

Completa coleccion de muestras de letra española; novísima edicion nuevamente grabada, con muestras de cursiva, la más completa de cuantas hay publicadas; aprobada y señalada de testo para todas las escuelas del Reino. 6

ANDILLA (BARON DE)

GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

ASQUERINO (E.)

Ensayos poéticos, con la oda en loor de S. M. la Reina, con motivo del monumento mandado levantar á don Agustin Argüelles, premiada en el certámen público: un tomo en 8.º prolongado de lujosa impresion. Su precio en Madrid. 12
En provincias. 15

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

CASTELLANOS (B. S.)

Memorandum historial, nociones de la historia universal y particular de España por siglos, con la crouología, religiones, dioses fabulosos, Estados, soberanos, hombres célebres, instituciones, monumentos, invenciones, progreso de letras, artes, ciencias, industria, usos y costumbres de cada siglo; obra escrita para que pueda servir de testo en las escuelas normales, seminarios conciliares é institutos del reino.—Un tomo de unas 600 páginas. Su precio en Madrid. 15
En provincias. 18

Nociones de geografia de España, con el censo de poblacion publicado últimamente por el gobierno, y las dimensiones superficiales señaladas á cada provincia, obra espresamente escrita para testo de dicha asignatura en la escuela normal central, adornada con un mapa de España, en el cual se hallan marcadas todas las carreteras y ferro-carriles: un tomo de mas de 250 páginas. Su precio en Madrid.. 12
En provincias.. 14

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario

del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias 10

DIAZ (J. M.)

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4
Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8
Mártir siempre, nunca reo, drama de costumbres políticas, en cuatro actos. 8
Virtud y libertinage, comedia en tres actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCÍA QUEVEDO (J. H.)

Delirium, leyenda fantástica: un tomo en 8.º prolongado, edicion de lujo con grabados y láminas.
Su precio en Madrid. 22
En provincias. 26

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos. 8
Fábulas en verso castellano aprobadas y señaladas para testo en las escuelas de primeras letras: edicion económica para uso de los niños: su precio 3 reales en rústica, 3 y 1/2 en carton, y 4 rs. en holandesa en Madrid; y 3 y 1/2 en rústica, 4 reales en carton y 4 y 1/2 en holandesa.
Las mismas fábulas, edicion de lujo para premios: su precio en Madrid. 10
En provincias. 13

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LEAL (F. R.)

Filosofía social, discursos pronunciados en el Ateneo: un tomo. 22

LARA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su origen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia

en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.) Y JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.° 4

PEDROSA (P. MARTINEZ)

*La red de flores, zarzuela en un acto 4

PEREZ ESCRICH (E.)

La caridad cristiana, segunda parte de el « Cura de la Aldea, novela original, 5 tomos, 40 rs.
El Mártir del Gólgota, tradicciones de Oriente; esta interesante obra constará de cinco ó seis tomos en 8.° con láminas al precio de 8 rs. tomo: se han publicado 4 tomos; el 5.° está en prensa.

PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.° prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

PASTORFIDO (M.) Y MARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4
*La doble vista, en un acto. . . . 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. . . . 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A caza de divorcios, comedia en id. 8
Influencias políticas, zarzuela en un acto. 4

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

*A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos 8

Rs. vn.

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9
La Primavera, el Estio, poesías 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, cada tomo: comprando los dos cuestan en Madrid. . . . 14
En provincias.. 18
Más hojas sueltas, nueva coleccion de viajes ligeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (N.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4
El amor y la Gaceta, juguete en tres actos. 8

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento; id. id. . 4

Rs. vn.

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comeda en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4
El empirismo y la ciencia, comedia en tres actos. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto.. 4
*Los dos primos, id id.. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZORRILLA Y G. QUEVEDO:

María, corona poética de la Vírgen, poema religioso, un tomo grueso en 8.º prolongado, de lujosa impresion. En Madrid. 30
En provincias. 36

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

3 0112 117490802

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.